



Entre la cancha y la tribuna: el camino incierto para llegar al fútbol profesional

Naren Reyes González

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Asesor

Juan Camilo Jaramillo Acevedo, Magíster (MSc) en Escrituras Creativas

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Periodismo
Medellín, Antioquia, Colombia
2023

Cita

(Reyes González, 2023)

Referencia

Reyes González, N. (2018). *Entre la cancha y la tribuna: el camino incierto para llegar al fútbol profesional* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A mi abuelo, Arnoldo, quien me enseñó a amar el fútbol.

A mi madre, Adriana, por ser la razón de mis pasos.

A aquellas y aquellos que soñaron con debutar como profesionales.

Agradecimientos

A Ana y Marcela, por ser un apoyo incondicional
al momento de escribir este trabajo.

A Tomás, Yeison y Nica que me contaron sus historias.

Por último, a la Universidad pública que me cambió la vida.

Contenido

Presentación6

Ganar contra el reloj8

Especie única: a la espera de un descubrimiento24

Cantos de pájaro en nido ajeno40

Presentación

Este era un trabajo sobre fútbol y terminó siendo también sobre los sueños. Cuando una meta se construye con tanto amor y no se cumple, ¿qué se hace con ella? ¿Dónde se guarda? Lograr o no lograr ser futbolista profesional es un hecho que marca un antes y un después, porque a diferencia de otras metas que se pueden conseguir a lo largo de la vida, ser futbolista profesional tiene una fecha de vencimiento generalmente temprana. Esta investigación está compuesta por tres perfiles de personas que soñaron con ser profesionales y no lo consiguieron —o lo vivieron por tiempo limitado— por situaciones de corrupción, falta de oportunidades, por su ubicación geográfica e incluso por estafa, entre otros factores que el lector irá descubriendo a medida que se adentre en las vidas de Tomás, Nicanor y Yeison.

El fútbol no es solo un deporte sino también un espectáculo. En otros tiempos se trataba de actividad física y de diversión hoy en día es un negocio multimillonario que genera alrededor de cuarenta mil millones de euros con cuatro mil millones de seguidores entre quienes lo miran y lo practican. El fútbol como espectáculo le dio pie al interés económico: la creación de equipos, de estadios, la búsqueda de patrocinios y por supuesto la compra y venta de futbolistas.

Propietarios, accionistas de los equipos, medios de comunicación, periodistas, políticos y gobiernos que componen el espectáculo reciben grandes sumas de dinero, al igual que los futbolistas. En los últimos años las cifras de transferencias superaron números históricos. El traspaso de Neymar del FC Barcelona al París Saint Germain Football Club (PSG) marcó una ruptura en los precios de los fichajes: un solo jugador costó doscientos veintidós millones de euros mientras toda la liga profesional colombiana está cotizada en doscientos veintisiete millones de euros.

Aunque se trata de números mucho menores en el fútbol colombiano sí se puede aspirar a una calidad de vida y un buen nivel económico a través del fútbol. Por eso en lugares donde las oportunidades para cursar estudios de educación superior o emprender son limitadas, lograr ser futbolista profesional se puede llegar a consolidar como el objetivo principal del proyecto de vida. El proyecto que se construye desde la niñez y que se alimenta con las habilidades, gustos y pasiones establece el camino para conseguir la calidad de vida que incluye aspectos de carácter mental y físico y de estabilidad económica.

¿Pero qué pasa cuando ese proyecto toma otro camino? ¿Cómo se vive con los sueños que no se cumplen? Aspirar a la profesionalización en el fútbol implica inestabilidad. Es estar en la banca, entre la cancha y la tribuna, donde en cualquier momento se puede salir al campo de juego y conseguir el objetivo o ir a las gradas por alguna circunstancia como una lesión o una decisión técnica. A ese limbo se le suma el tiempo: quien no debutó a los veinte años es muy probable que ya no lo haga. El fútbol es demasiado corto.

El bienestar económico es fundamental para pensar el fútbol profesional como un camino, pero hay algo más simple e incluso más importante: la pasión. Tomás, Nicanor y Yeison encontraron en este deporte un refugio, una manera de expresarse, un estilo de vida. Sus historias son la muestra de cómo el fútbol es parte de ellos. Si bien no consiguieron ser profesionales, siempre están cerca de este deporte. Por ejemplo, cuando le pregunté a Nica hasta cuándo jugaría, respondió: “Hasta que Diosito me lo permita”.

Este trabajo es una muestra de esos obstáculos, pero también son un escenario de reconciliación para todo aquel que haya tenido el mismo sueño en otro momento o para quienes conozcan a alguien que lo tuvo. En el caso de Tomás, Nicanor y Yeison se trata de fútbol, pero podría ser con cualquier otra cosa. Construimos sueños y algunos los cumplimos, otros se ponen en lista de espera y otros se guardan definitivamente. “Guardar” es la palabra indicada porque algo que anhelamos desde la niñez no se puede desechar tan fácilmente.

Ganar contra el reloj

El tiempo no tolera que le den palmadas. En cambio, si estuvieras en buenas relaciones con él, harías todo lo que quisieras con el reloj. Solo tendrías que susurrarle al Tiempo una insinuación, ¡Y al instante girarían las agujas!

Alicia en el País de las Maravillas

“Ya tengo veintiún años. No tiene sentido seguir sometiendo mi cuerpo porque esta lesión no se quiere ir. Ya veo que no va a suceder”.

Ya no va a suceder. En cinco palabras se hallaba el final de un sueño construido durante dieciséis años. Un sueño por el que había renunciado a otras tantas cosas que hacen los niños y los jóvenes, con tal de acercarse a esa meta, que ni siquiera fue suya en un principio, pero que ahora era tan propia que pronunciar esas palabras lo lastimaban. Así se resumía el inicio de un sueño roto o por lo menos de uno no cumplido.

Veo que le duele ahora a sus veinticuatro años y seguro será así por mucho tiempo. Se nota en sus ojos y en la forma en que mueve las manos, como si un montón de abejas volaran cerca y él quisiera alejarlas, y ellas en vez de zumbiar como siempre lo hacen, le susurraran que le faltó poco para lograrlo.

Era la primera vez que me decía esa frase. La trajo consigo para reconstruir el momento en el que decidió no buscar más ser futbolista profesional. Lo miraba derrotado pero queriendo mostrarse optimista, con ese pudor que guardamos cuando no queremos que se sepa que hemos fallado, también con la idea implícita de que mientras el reloj avance no hay tiempo para la tristeza, pues mientras unos sueños se deshacen, y hay que aprender a vivir con lo que queda de ellos, otros nacen y hay que darle la vuelta al reloj de arena para sacudirse y empezar de nuevo.

Fue en una conversación que tuvo con un antiguo entrenador, después de salir de una sesión de terapia neural, que terminó de convencerse de lo que ya venía pensando:

—Tomi, yo sé que estás muy triste y tocado por lo que pasó con Fortaleza.

—¿Qué se supone que pasó con Fortaleza? —Hasta ese momento, Tomás solo sabía que esa negociación no había resultado.

—Pues que Sergio rechazara la oferta que hicieron por ti. Que le pareciera que no era dinero suficiente.

—¿Cómo así? —Lo interrogó con la expectativa de un descubrimiento que no lo beneficiaba.

—Por ti habían ofrecido como cincuenta millones de pesos, pero él quería los derechos de formación, sabes que es más dinero.

Tomás está en la sala de mi apartamento sentado en el sofá cama. Un lugar a menos de una cuadra de la Universidad de Antioquia. El día anterior cuando le propuse una entrevista me dijo que le parecía buena idea que fuera en mi sala y no en otra parte, porque así podría hablar con soltura, como anticipándome que aquello que quería contarme, lo movía.

Detuvo su relato para lanzar preguntas de las que aún hoy no sabe las respuestas:

¿50 millones por mí que soy un guevón, que no soy nadie?

¿Cómo así que dijo que no? ¿Y él podía decir que no?

¿Sobre qué se estaba basando para decidir si yo podía o no buscar mi carrera en Fortaleza?

¿Acaso tenía siete u ocho ofertas sobre la mesa como para rechazarla?

Fue nuestra entrevista la que trajo este mal recuerdo. Lo había invitado con la intención de conocer más sobre su pasado, porque hasta ahora solo tenía fragmentos, ¿cómo era posible tener solo retazos de una historia tan importante? Si ya habíamos compartido durante varios años estudiando la misma carrera y jugando en el mismo equipo, ¿no era justo que supiera más sobre eso? Me di cuenta de lo común de la historia y del silencio que la acompaña.

Nadie habla de los sueños que no se cumplen, confirmaría más tarde.

— Con eso que me estás diciendo menos que voy a volver a jugar fútbol. ¡La chimba! Yo ya no quiero más esto — dijo en ese momento.

Pregunta para Tomás

Detrás de la portería sur del Pascual Guerrero mis compañeros me levantan para que la hinchada coree mi nombre. El velcro de la cintilla de capitán me fastidia el brazo y el calor de Cali me quema

las axilas. Después de ciento veinte minutos de fútbol las piernas me tiemblan y un leve jalón me fastidia detrás de una de ellas. Quiero alzar de nuevo la copa que hasta ese momento descansa sobre mi muslo izquierdo. Quiero que la hinchada del América la vea y que se combine en el aire con los juegos artificiales rojos y blancos que iluminan las nubes. Quiero que algún fotógrafo atento capture esa imagen para que salga en el noticiero y en los periódicos.

Estoy dando la vuelta olímpica después de cuatro finales de Libertadores perdidas. A partir de ese instante pienso que el tiempo que viva solo es añadidura después de haber alcanzado la Gloria Eterna. Ensoberdecido por el canto constante de las treinta y siete mil personas en el estadio, regreso lentamente al mueble en el que descanso de un día agitado. Entre el fresco aire de la tarde, el naranja intenso que entra a través de la ventana, y los sueños que cumpla todos los días en mi cabeza, decido que la próxima vez que vea a Tomás le preguntaré si a él le pasa lo mismo que a mí.

Eso de andar fantaseando —en su caso queda mejor “imaginando”— que ya no está frente al televisor o en las tribunas, sino que está jugando para Atlético Nacional en el Atanasio Girardot, sobre el pasto verde calzando los guayos hechos a la medida, con el número 2 en la espalda, saludando a los niños que llevan el “Arboleda” en sus camisetas. Donde el único reloj que lo condiciona se detiene cuando llega a noventa minutos, ¡pero no importa!, porque el marcador está a su favor y brilla en las pantallas que se elevan detrás de las tribunas norte y sur.

Aunque el día anterior habíamos hablado por teléfono esa pregunta tan personal —y aparentemente absurda—, debía plantársela en persona. Para mí era solo una fantasía mientras para él podría ser una imaginación. Porque la primera se refiere a inventar acontecimientos, de los cuales nunca se estuvo cerca, mientras que para la segunda es necesaria una porción de realidad.

El día anterior me atendió de afán porque debía llevar a sus dos gatos al veterinario. Beto andaba enfermo de un parásito y Bernardo tenía su revisión anual. Ambos son su responsabilidad desde que sus padres y su hermana se fueron del país. Su tía lo ayuda a cuidarlos pero para ese tipo de diligencias debe ser él mismo el que se tome el tiempo de llevarlos.

Está sobre el mueble y extiende sus brazos sobre este, sus piernas comienzan en el sofá y terminan en la mitad de la sala estrecha. Viste un jean y una camiseta gris que tiene la caricatura de un perro caliente y una rebanada de pizza que se abrazan y sonríen mientras caminan. Parece infantil; excepto por su estatura y su voz grave. Lleva tenis grises, deportivos, por si hay que correr. Tiene el cabello largo que le cubre las orejas y le tapa la frente. Ese último detalle termina de darle ese parecido que comparte con Yassine Bounou, el arquero de la Selección de Marruecos. En sus brazos tiene varios tatuajes de flores y líneas que lucen entre verdes y azules por el paso del tiempo.

Las flores están en su mano derecha. Una línea fina y constante pasa por su cuello y sigue por el borde de su oreja: representa la conexión entre el corazón y la mente. La línea roja, que es de este color en el extremo del pecho, simboliza lo que viene del corazón, y la línea negra, que continúa del brazo hacia la oreja, lo que viene de la mente. En la muñeca izquierda tiene otro tatuaje, como una manilla, que dice “TOMORROW ' S NOT PROMISED” y en la derecha un reloj digital que se mueve así él no se dé cuenta.

Presente (no inmediato)

Es un día cualquiera en la Universidad de Antioquia. No hay fecha, y digo “día cualquiera” porque esto pasó cuando Tomás apenas era una opción para esta investigación, por lo que no me tomé la delicadeza de anotar la fecha de la anécdota.

¡Pero qué importa! Con el pasar de los días los acontecimientos se hacen susceptibles a la memoria y con ellos se pierden las fechas, las palabras precisas y el tiempo exacto. El tiempo pasado se hace incontable pero sin duda alguna nos hace lo que somos ahora; avanza sin que nos enteremos: afuera el sol va buscando otro lugar para iluminar, los carros esperan el verde de los semáforos y el cronómetro que les dice a los transeúntes los segundos que tienen para pasar, también nos lleva la cuenta a nosotros, aunque no estemos en la calle, por eso la única certeza que queda es que el tiempo no regresa.

Tomás tiene los pies extendidos sobre la silla que tiene en frente. Es mediodía y un manto de sopor cae sobre nosotros. Cada uno se pierde en su celular. Los pasillos están indecisos entre la soledad

que comúnmente se da antes del mediodía y la congestión que hay durante la hora del almuerzo. Comenzamos a hablar de lo que hace los fines de semanas:

—Me dedico a acompañar artistas y brindarles todo lo que necesiten en su paso por la ciudad — me resume, pero yo quiero saber más.

Una prima suya lo llamó cuando cumplió dieciocho años para que trabajara en Breakfast, una empresa dedicada a planificar eventos con grupos y artistas musicales. Comenzó en la barra atendiendo y sirviendo tragos. “La gente quedaba contenta por la atención que le brindaba”, me dijo. Yo dudo de su capacidad de servir tragos, que a fin de cuentas debe ser buena, y concluyo que la alegría de sus clientes era producida más bien por su amabilidad.

Si los directores de recursos humanos de las empresas buscaran a alguien para atención al cliente, terminarían por darle el trabajo con tan solo verlo esperar en la recepción. Incluso, si pudiera enviar solo una foto de él sonriendo, lo contratarían justo después de mirarla. Es alto, de 1,87 cm, y se ve que va al gimnasio. Se le notan las horas que ha pasado alzando pesas en las mañanas y los minutos se le acumulan en el cuerpo en forma de músculos.

Él ayuda a los artistas a comunicarse porque suelen hablar inglés. Hace las veces de traductor. A eso se le llama *tour manager* o *host*. Los otros pocos sábados y domingos que le quedan libres los dedica a “darse el lujo” de practicar ciclismo. Me dice que le cuesta tener el sueño organizado porque los *shows* suelen ser a la una de la mañana, pero el dinero no se multiplica mientras duerme. Admite que la plata nunca le falta, que tiene una excelente relación con este, como si lo buscara. No hay día que tenga los bolsillos vacíos. El tiempo que pierde intenta recuperarlo otro día, pero sabe que es imposible, el sueño que logra conciliar no es el mismo de esa noche, ya es otro.

Una semana antes del evento lo contactan para preguntarle si tiene tiempo para trabajar. Desde ese momento se apropia de la llega del artista a la ciudad. Le comparte itinerarios, restaurantes donde puede cenar y lee el contrato donde se resumen todas las peticiones que debe cumplir. Tomás debe satisfacer cualquier petición. Eso no le preocupa porque le gusta ayudar y procura que estén cómodos en la ciudad. Esa amabilidad lo llevó a pasar de *bartender* a *tour manager*.

Cuando los dj llegan a la ciudad, porque suelen ser eventos de música electrónica, Tomás está pendiente para llevarlos a comer a cualquier restaurante, sea del catálogo de la empresa o no, y los acompaña a cenar. Unos deciden charlar con él mientras otros prefieren guardar silencio, aunque él sea, a primera vista, la única persona con la que se puedan comunicar —por lo menos a primera vista—.

Con uno de los artistas salió a comer y hablaron durante horas. Otros lo invitaron a sus países de origen o le ofrecieron dinero si les conseguía artistas para llevar a otros lugares como Dubái o Miami. Nos imaginamos el pago en dólares, obtenidos tan solo en un fin de semana, y hasta surgió la idea de hacer el curso para DJ.

“¿Te imaginas qué haríamos con ese dinero?”, nos dimos la oportunidad de fantasear durante unos minutos mientras nos reíamos, y el tiempo pasaba, y las obligaciones de la tarde se iban acercando cada vez más a nosotros.

Me sorprendió escuchar que no le gustó el fútbol *desde el principio*. Tuve que observarlo un momento, arrojándole miradas para que desmintiera lo que me estaba diciendo. Por lo menos ya no tenía que preocuparme porque su historia se iba a parecer a la de tantos otros que se enamoraron de inmediato al ver una cancha de fútbol. Tomás no tuvo un amor a primera vista. Fue diferente porque él le pidió de *traído* al Niño Dios una bicicleta y no un balón. Los pies los usaba solamente para pedalear con el ritmo frenético que tiene el *bicicrós*.

A los siete años les pidió a sus padres Silvia Zapata y Elian Arboleda que lo llevaran a entrenar bicicrós en la pista del Polideportivo Sur de Envigado, porque él quería saber cómo era eso. Un deseo influenciado por su papá que toda la vida ha sido amante del fútbol, pero también del ciclismo, de la bicicleta. Dos gustos de los que Tomás eligió —por lo menos en un principio— el segundo.

En la pista se balanceaba sobre su bicicleta vistiendo una sudadera de algodón y un camibuso, aún sin el uniforme oficial para practicar. En la tribuna sus padres y su hermana Estefanía lo alentaban para que sorteara con éxito los montículos de tierra prensada y asfalto en el menor tiempo posible. En su primera competición llegó a la final y aunque quedó de último sintió que tenía cualidades

para competir. “Yo me sentía sobrado, pensaba que me podía ir muy bien”, concluyó con un tono engreído.

A pesar de su destreza no se quedó allí. En 2007 le llegó de la nada la oportunidad de ir a jugar en la escuela de fútbol de Envigado porque le estaban regalando la inscripción que normalmente había que pagar. La familia lo vio como una gran oportunidad y lo convenció para que fuera; así como pasó años después para que estudiara ingeniería.

“Metete a ver si te gusta. No perdás la oportunidad que es muy escasa la inscripción y el bicigrós ya sabemos que está ahí, ya sabemos que te va bien. Metete que al final decidís con cuál te quedás”. Con la misma sudadera, el mismo camibuso y en tenis jugó por primera vez. “Mi mamá pensó que esa ropa que usaba para el *bicigrós* serviría para el fútbol, para no rasparme, y no me raspé, aunque patinaba en los tenis por toda la cancha”. Era un extraño. En la misma unidad deportiva donde hizo bicigrós, esta vez sobre la cancha de arena, Tomás comenzó a practicar otro deporte, a tocar la pelota.

En la primera práctica los niños corrían detrás del balón sin pensar en nada más que eso: si el balón iba adelante ellos avanzaban, si el balón iba hacia atrás, ellos retrocedían. Tomás y sus compañeros estaban envueltos por un color marrón claro gracias a la arenilla que levantaban del suelo cuando corrían y a él se le metía por los ojos incluso nublando los recuerdos que tiene de ese momento. Miraba a su madre desde cualquier parte de la cancha en la que estaba y la sentía cerca, no como en el bicigrós que estaba obligado a olvidarse de ella y no podía observarla hasta terminar la carrera.

El fervor con el que la gente vivía un partido o un entrenamiento, con el entusiasmo único que solo se vive en frente de una cancha de fútbol, dice que fue determinante para inclinarse por este deporte. Las decisiones se van acumulando como se acumulan los minutos jugados en el cuerpo; y esa primera vez fue el inicio de otras veces más. “No fue amor a primera vista, pero fue amor”, pensó. En aquel tiempo ya tan lejano cuando tenía entre siete y ocho años no importaban las manecillas, importaba ir adelante o hacia atrás dependiendo a dónde fuera el balón. Suficiente para elegir una senda para transitar.

Diferentes caminos (al mismo lugar)

Sobre la línea amarilla de la cancha sintética tomo impulso para disputar el balón en el aire. No me doy a la tarea de mirar quién viene; solo veo la pelota y me doy el lujo de confiar ciegamente en la reducida fuerza que me acompaña. Ya arriba —no mucho en realidad— el sol me lastima los ojos, por eso y porque el balón ya está muy cerca, los cierro.

No sé si toco el balón pero voy cayendo al piso impulsado por la gravedad. Este rebota más atrás de donde salté y Tomás me extiende la mano para que me levante. Era él con quien mi cuerpo chocó. ¿Estás bien?, me pregunta, pero no le contesto y me paro de golpe para ir por la pelota. La tomo y sigo jugando, no le presto atención. Él se queda quieto y yo grito “JUEGUEEE” mientras la vista se me llena de arcoíris que solo yo puedo ver.

Que estemos jugando en contra es raro porque Tomás suele elegirme para sus equipos. Tenemos una buena amistad por los semestres compartidos desde el 2018, incluso durante pandemia, pero todo se debe al habernos encontrado en el mismo pregrado al que ingresó con diecinueve años. Antes de llegar a la Universidad de Antioquia estudió Ingeniería de Control en la Universidad Nacional en 2017.

En la familia Arboleda tener un título universitario es indispensable. Todos son egresados del mismo colegio y por supuesto Tomás no es la excepción. Se graduó en 2016 del Instituto Jorge Robledo de Medellín. No le disgusta estudiar, incluso lo disfruta, pero si tuviera que elegir entre el estudio y el deporte no dudaría un segundo en cambiarse para ir a entrenar.

Cuando salió del colegio tenía claro que para continuar con el deporte debía estudiar. Su primera opción era el fútbol y su segunda opción, la académica, era el periodismo. Cuando me lo contó me di cuenta de que era algo que se había tomado el tiempo de pensar durante mucho tiempo y que de algún modo deseaba que sus caminos, muy diferentes, lo llevaran a un mismo lugar: al fútbol.

“Pero el periodismo... Esa cosa que no se sabe si es un oficio o una profesión... Esa cosa que cualquiera puede hacer sin haberla estudiado, ¿crees que eso es para vos, Tomi? Nah, eso lo puedes hacer por los laditos, cuando tengás tiempo, cuando te quede un ratico libre por ahí, ¿no

creés? Estudiá ingeniería, vos que sos bien piloso. Te va bien en matemáticas, preguntá por las ingenierías a ver cómo es la cosa, vos tenés como actitud, te iría muy bien. Esto del periodismo es algo que podés hacer como un pasatiempo”.

Eso le decían en su familia y por eso eligió la ingeniería a sus dieciocho años. Para acabar de completar ni siquiera pudo cursar el pregrado que pensaba porque no estaba disponible la Ingeniería Administrativa, entonces terminó en la de Control, que en el pensum de la Universidad Nacional sentencía que para estudiarla se necesita ser una persona con *vo ca ción* para el estudio de la ingeniería.

Un año. Dos semestres. Cincuenta y dos semanas. Trecientos sesenta y cuatro días. Ocho mil setecientos treinta y seis horas. Treinta y un millones cuatrocientos cuarenta y nueve mil seiscientos segundos; se fueron irremediamente para Tomás, “¿en qué pude utilizar ese tiempo?”. Aunque ahora estábamos en la misma cancha gracias a ese camino que él eligió, la pregunta era tan vigente que no le quedaba más que la imaginación para pensarlo.

Labrando el sueño

A los diez años la bicicleta quedó relegada por completo. Los buzos y las sudaderas fueron cambiados por pantalonetas, medias largas y guayos para jugar en el torneo local de Envigado, en un recogido que resultó de los jugadores que no se llevaron para el club más importante del municipio: la Escuela de Fútbol de Interés Social Alcaldía de Envigado (EFISAE). Comenzó en la posición de central izquierdo a pesar de que su pierna hábil era la derecha.

También empezó a jugar torneos fuera de Envigado. Disputó algunos minutos con el mismo equipo de recogidos en un torneo en la Unidad deportiva CampoAmor, muy cerca al aeropuerto Olaya Herrera, un lugar que comparado con los recuerdos que él tiene ya no se parece en nada. La cancha era pequeña y de arenilla y hoy en su lugar hay dos canchas sintéticas.

“No me daban casi minutos porque desde el primer momento nos dimos cuenta de que había mucha rosca. Veía a los papás gastándole plata a los técnicos, papás con mucho dinero. Había unos que compraban guayos para todos, cada uno haciendo fuerza para que pusieran a su muchachito. Mis

papás y yo desde el principio teníamos claro que no íbamos a hacer nada de eso, entonces tocaba pedalear muy duro para poder meterse y encontrar un espacio”.

Debía jugar con el 5. El número que le había gustado por uno de sus referentes: Carles Puyol, un central español de 1,78 cm de estatura que salió campeón del mundo con España en 2010 y participó en el sextete del F.C Barcelona. Dentro de la cancha se destacó por su buen juego defensivo y por su liderazgo; una característica que como central Tomás siempre buscaba aplicar y mejorar en su juego. Un aspecto que lo hace “la persona que es hoy para interactuar con otros, para saber hablar y liderar en su vida”.

Su número favorito es el 2 de Andrés Escobar, un central zurdo, jugador de la Selección Colombia y de Atlético Nacional. Escobar fue asesinado tras convertir un autogol que significó la eliminación de Colombia en el mundial del 94. Para Tomás conseguir el nivel de juego de Andrés Escobar fue su principal objetivo a pesar de que nunca pudo verlo jugar en vivo, porque él fue asesinado el dos de julio de 1994 y Tomás nació el trece de febrero de 1999.

Cuenta Tomás que en 2010 perdió la oportunidad de jugar Pony Fútbol porque su equipo quedó tercero y no clasificó en el zonal. Además, porque Robiro, el entrenador de uno de los equipos finalistas del torneo previo para definir el cupo de los equipos del sur del Valle de Aburrá, que le prometió llevarlo si ganaba, perdió la final con otro entrenador de Envigado llamado Elkin Fernando Moncada. Ese año tras ganarle a Robiro 1-0 en la final, dejándolos por fuera a él y a Tomás, Moncada amañó el partido de la clasificación. Dejó a los jugadores titulares en la banca y hubo jugadas polémicas durante el encuentro.

Fue a los catorce años que decidió que quería ser futbolista profesional después de entrenarse con el equipo de Talentos Envigado Arroz Caribe. Para decirle a sus padres sabía que la única condición que le pondrían era que debía seguir estudiando. Recibió el apoyo que necesitaba y la inversión en todo se hizo más grande: los guayos eran más caros, la indumentaria era la mejor. No más clubes improvisados. Solo quería estar en equipos que compitieran y fueran reconocidos.

“Dije: bueno, de pronto esto sí es una carrera. Por este lado sí puede ser porque empecé a tener cierto reconocimiento desde los diez años cuando quedé campeón de la Liga Antioqueña de fútbol y subcampeón del torneo de fútbol de Envigado. En 2014 comencé a entrenar de manera individual acompañado de mi mejor amigo, Santiago Pabón. En ese año me llegaron ofertas del fútbol profesional. Unos cuatro o cinco años trabajando en pro de ser futbolista. Siempre me lo tomé muy en serio; desde ese momento tracé ese objetivo”.

En 2016 estaba a punto de graduarse del colegio y cada vez el tiempo para ser jugador profesional era más reducido. No lo dejarían sin estudiar y por eso terminó cursando ingeniería, pero eso era lo menos importante. Los jugadores que llegan al profesionalismo están desde pequeños en las canchas de los equipos y deben debutar jóvenes. Un jugador que a los veinte años no ha debutado ya está más cerca de dedicarse a otra cosa. Él tenía diecisiete años y era como estar en los últimos cinco minutos del partido, al 85, cuando uno se pregunta: ¿cuántos minutos más va a dar el juez?

En el equipo del Politécnico Jaime Isaza Cadavid dice que se enamoró de la forma que tenía el club para jugar. “Era una presión alta, recuperábamos el balón y jugábamos a dos toques ¡pa! ¡pa! ¡rápido! ¡rápido! Juego de banda, al medio ¡Gol! Pero era una velocidad la hijueputa. Tácticamente yo nunca había visto que se trabajara así, yo me sentía como en un equipo profesional. Una cosa impresionante, jugaban muy bien”.

Entrenaban de lunes a viernes y competían los fines de semana. Iba al colegio, del colegio al entreno y del entreno a su casa. No había espacio para otros asuntos, apenas para el estudio, excepto cuando llegaba temprano y se sentaba dentro del gimnasio a hablar con sus compañeros. El entrenador les decía que estaba planeando un viaje a México, que habría uniformes nuevos y una buena inversión por el buen rendimiento del equipo. En Liga Antioqueña quedaron terceros solo detrás de Atlético Nacional y el Club Deportivo Estudiantil.

Pero ninguna de las palabras que dijo el entrenador existían más allá de su cabeza, de su oratoria que los motivaba y los engañaba al mismo tiempo. Al siguiente campeonato el equipo dejó de ser competitivo cuando las mentiras se hicieron visibles. Unos dejaron de ir a entrenar y otros lo hacían

de vez en cuando. Tomás asistía pero el juego del que se enamoró y lo hizo sentir como profesional por primera vez había desaparecido.

A la siguiente fase clasificaban ocho equipos y ellos estaban de décimos. Ante ese panorama la gente de Sellos Colombianos, equipo que sí estaba bien en la tabla de posiciones, lo buscó para reclutarlo y jugar la siguiente fase. Él agradeció que lo tuvieran en cuenta, pero se negó diciendo que haría lo posible para clasificar con sus compañeros. Al final pasaron octavos y en cuadrangulares perdieron los tres partidos. Tomás había cumplido con su parte y era libre. Llegó a Sellos que fue donde más cerca estuvo de jugar en la liga profesional colombiana.

La banca: entre la cancha y la tribuna

Colgó el teléfono y se puso a llorar sin importarle dónde estaba ni las personas a su alrededor. No tenía palabras porque en ese instante la tristeza le embargaba el cuerpo y el alma. Una realidad dura lo golpeaba dejándolo lejos de cualquier consuelo que pudieran brindarle. Las lágrimas caían en la mesa y le era difícil limpiarlas con su brazo enyesado. Los fragmentos de un sueño hecho pedazos le cortaban los pies y una de sus compañeras no encontró mejor manera de ayudarlo que pasarle pañuelos para que se limpiara la pena que lo agobiaba.

Su padre lo llamó para contarle que la Equidad, equipo profesional de Bogotá, había estado preguntando por él para contratarlo; pero la lesión que sufrió en su radio y cúbito de la mano derecha hizo que lo descartaran por completo porque necesitaban un jugador de inmediato. La posibilidad de ponerse la camiseta de Equidad y jugar un sábado en la noche en el Estadio Metropolitano de Techo era algo que no imaginaba hasta entonces pero ahora lo pensaba como si lo hubiera soñado desde niño.

Días antes de esa llamada estuvo jugando un partido amistoso. Durante el calentamiento se cayó sobre la mano por culpa de la grama humedecida. ¡Crag! Se levantó asustado. ¿Estás bien?, le preguntó el entrenador a lo que él respondió que sí pero durante el partido otra vez ¡Crag! Se sentó en ella de nuevo cuando fue a disputar un balón con un rival. Ahí sí le dolió mucho. Se fue de yeso. Se lo quiso arrancar para seguir entrenando pero el médico le dijo que la inmovilización blanda no era una opción.

Después de eso la ingeniería no importó más. No asistía a las clases y cuando iba no tomaba apuntes. Si los profesores le preguntaban por qué no anotaba en las clases les mentía diciendo que no era capaz. Decidió que era momento de lanzarse por algo que lo moviera genuinamente y que no estuviera influenciado como sus otras determinaciones. Se presentó a la UdeA para estudiar periodismo.

Con el entusiasmo de estudiar la carrera que quería y la solidez mental para volver a entrenar después de recuperarse, volvió a jugar en Sellos y consiguió avanzar a las fases finales de la Liga Antioqueña, “pero tenían una maldición... en instancias finales siempre la cagaban. Ese año no fue diferente”. Además el equipo estaba en reestructuración y por eso no les darían presupuesto para jugar el torneo nacional.

Los jugadores comenzaron a marcharse a otras canchas o a la tribuna. Por ejemplo, Juan Felipe Villa jugó con Tomás y actualmente es jugador del Apollon Larissa FC de la segunda Superliga de Grecia. Otro compañero, Juan Diego Rivera, fue llevado a las inferiores de Independiente Santa Fe. Otros se retiraban tras concluir que el fútbol no era para ellos.

Cuando se está en la banca existe la posibilidad de ir al campo de juego. Se está cerca de la raya y a un solo gesto del técnico para comenzar a calentar. A unos pasos tan simples como subirse las medias, ponerse las canilleras y decirle al árbitro ¡profe, cambio! También tan cerca de ir a la tribuna, de que el técnico diga que no quiere verte más o de una lesión que te saque de la convocatoria. Es el limbo entre una cosa y otra. La incertidumbre de querer correr la cancha con una pelota pegada al pie o meter una barredora impecable en un duelo uno contra uno pero no poder porque no depende solo del jugador.

En 2020 jugó el torneo nacional con Sellos después de ganarse el puesto de titular. Estaba relegado, pero entró en un partido para armar una línea de tres y defender un resultado de 1-0. “Me jugué un partido ni el hijueputa, yo venía entrenando con rabia. Entonces era el que más corría, el que más metía y me volví a ganar el lugar”. Ahí le comenzó una lesión en su aductor izquierdo que lo llevó a hacer terapia neural para poder recuperarse de lunes a viernes y poder jugar los fines de semana.

El doctor José Luis Manzano, amigo cercano de los Arboleda, le trataba su lesión en el aductor con terapia neural. Con sus manos cubiertas por los guantes de lates pasaba sus dedos y su aguja por el cuerpo de Tomás. Comenzaba en la punta de los pies y subía chuzando zonas estratégicas de su cuerpo como sus rodillas, abdomen, brazos, manos, espalda e incluso sus orejas, liberando dentro de ellas dosis controladas de procaína hasta dejarlo “como un colador”.

En un partido de cuartos de final frente a Fortaleza en Bogotá marcó un gol que celebró con su padre. Fue un día de esos para el recuerdo porque era la primera vez que lo acompañaba a un partido en otra ciudad. Al final del encuentro el dolor era muy fuerte y sabía que si seguía jugando algo se iba a romper, por eso renunció a jugar los siguientes partidos.

A pesar de no poder jugar las fechas restantes ese gol fue crucial para Tomás. Uno de sus entrenadores en Sellos le dijo días después: “Tienes una oferta de Fortaleza, mandaron a pedir por ti. Quieren que tú juegues con ellos. Ya estoy revisando los papeles, que todo esté en orden para que no te haga falta nada y apenas me den la respuesta firmamos”.

Pasaron una, dos, tres semanas... y no se volvió a hablar de la propuesta.

¿Cuál fue la mano que no di?

A la altura del túnel La Quebra los corredores de la Clásica Marco Fidel Suárez intentaban no perder mucho tiempo entre la pista de obstáculos que se formó en un instante cuando un corredor aceleró el ritmo para adelantar en una zona llena de arena mojada. Tomás estaba indefenso en el piso esperando que ninguno de los ciclistas se lo llevara por delante. Tenía el uniforme cubierto de lodo y el lado izquierdo de su cuerpo lleno de sangre por los raspones producto de la fuerza del impacto.

¿Va a seguir así? Le preguntaron los médicos cuando se preparaba para continuar la etapa con su cadera, rodilla, mano y codo sangrando. Sí. Fue la respuesta. Agua a presión en las heridas, cambio de rueda, recuperar el tiempo perdido. Más adelante lo atacó la sed, el hambre, el dolor y la angustia de encontrarse lejos de los demás. No pudo terminar la carrera.

“Esta es la cicatriz más grande que me quedó. Era honda, honda, honda. Con todo eso quedé de cama como siete días”, explica señalándose el codo izquierdo que tiene una marca grande de un tono más oscuro que el resto de su piel.

Tomás comenzó a practicar ciclismo después de que su vecino Marlon Pérez, un exciclista antioqueño, lo animó para entrenar y competir en el ciclismo profesional en el 2020. Antes de eso participó en otras carreras donde no contó con mucha suerte.

— ¿No te imaginas de vez en cuando... No sé... ganando un mundial, una Champions, o una Libertadores con Nacional?

El interrogante iba más allá del simple hecho de imaginar situaciones absurdas, más bien se trataba del significado de materializar los sueños. Aquí el tema era el fútbol pero podría preguntarle lo mismo a otra persona, que no guste de ese deporte, si se visualizaba cumpliendo lo que imaginó desde su infancia o esa idea que se le metió en la cabeza en algún momento y es lo que la impulsa todos los días.

— Ya trato de ubicarme más en el ciclismo. Lo que quiero ser es campeón nacional de contrarreloj. Eso quiero. No me interesa un Tour de Francia, no me interesa un Giro de Italia. Eso es lo que yo quiero, pero a veces veo fútbol y no me pienso en una Champions, ni en una Europa League... No. Pero una convocatoria de la selección Colombia sí.

¿Jugando Copa Libertadores o Copa Sudamericana? Sí. Sí. Sí me veía jugando esa mierda. Uno se sienta y conversa con los que lo conocieron a uno jugando fútbol y decimos: es que nos iba bien, éramos buenos jugadores, guevón. Que uno dijera que siempre perdíamos, pero hijueputa ome... lo hacíamos bien, nos rendía, éramos juiciosos, ni siquiera fue porque parrandeáramos y por eso ya no volvimos a jugar, no. Nada de eso y uno escucha de gente que lo logra... Que los vendieron a Argentina, que están en Rusia o Turquía... Cualquier maricada y uno piensa bueno, yo jugué contra ellos.

¿Ellos que hicieron distinto que sí se fueron y yo no? ¿Qué es lo que tenía que haber hecho diferente? ¿A quién le tenía que haber hablado? ¿Cuál fue la mano que no di? ¿Cómo lograron que pasara? Alguien que no juega tanto como yo, no lo digo con arrogancia ni diciendo que es malo,

pero reconociendo que yo hacía muy bien las cosas... ¿Qué fue lo que hizo diferente? ¿Dónde fue que fallé? Sí pienso eso muchas veces... más de lo que debería. Probablemente más de lo que es saludable.

Además de esas preguntas durante la conversación surgió una más: ¿Qué haría si pudiera dedicarle un año solo al entrenamiento? Todo ese tiempo solo al deporte, sin otros compromisos, sin otras ideas en la cabeza. Él está seguro de que lo lograría. Ya no con el fútbol pero sí con esa contrarreloj que hoy en día parece su mayor objetivo.

¿Qué haría si pudiera entrenar sin trabajar, sin estudiar, sin extrañar a sus padres, sin correr al veterinario con los dos gatos?

“Solo tendrías que susurrarle al Tiempo una insinuación, ¡y al instante girarían las agujas!”, le diría, como lo hizo el Sombrero con Alicia, pero lo cierto es que más allá de la imaginación, no hay otra manera de hacer que el tiempo vaya en la dirección que él desea.

Espece única: a la espera de un descubrimiento

Mañana

Antes de llegar a *la cancha* se pueden escuchar los gritos de los jugadores y entrenadores, el rebotar del balón y la algarabía que hace el público en las tribunas, que a las diez de la mañana es de trece personas nada más. Sobre la línea echa con cal está Díber Nicanor Vélez Trejos, entrenador del Club Deportivo Sipirra y jugador de la Selección Sipirra. Grita para darles indicaciones a sus jugadores antes de que inicie el juego, mueve el cuerpo otorgándole vida a cada una de sus palabras y anima a los muchachos de quince y catorce años que están terminando de calentar en el terreno de juego.

A sus treinta y siete años luce una barba corta debajo del mentón que le da un aire serio. Tiene el cabello liso y corto que apenas le adorna la cabeza y se le forman algunos remolinos más allá de las entradas que le hacen más amplia la frente. Su piel es morena como la de sus ancestros, clarificada por el frío que se da entre las montañas durante casi todo el año. Sus ojos son pequeños y achinados. Mide 1,68 y transmite firmeza incluso cuando no está gritando sobre la línea blanca. En Sipirra todas las personas lo conocen y en Riosucio todo aquel al que le guste el fútbol también. Así como al Polideportivo Gabriel Ángel Cartagena le dicen *La Cancha*, a secas, A Nicanor le dicen *Nica*, de cariño.

Después de dar indicaciones se sienta en la banca donde está acompañado por un padre de familia y cinco jugadores de categorías superiores que invitó por si alguno de los convocados de las categorías 2008-2009 no asistía. La banca es amplia: unos se sientan en ella y otros eligen quedarse de pie para ver mejor. Nica se turna entre ambas opciones, como si algo lo inquietara, hasta que se sienta y dice: “Uno por no decir nada... pero vea... unos que no tienen ni uniforme”.

Se refiere a los jugadores del otro equipo. Algunos tienen un uniforme de rayas rojas y negras y el resto tiene uno azul oscuro. En cambio su equipo luce impecable con sus colores azul y verde. Ninguno falta por su camiseta y pantaloneta con su respectivo nombre en la espalda. Guarda silencio de nuevo mientras los otros muchachos hablan y se ríen de las bromas que hacen entre ellos. Después de unos minutos dice: “Este grupo está bueno”. Todos asienten y comienzan a decir las razones por las que piensan lo mismo.

Es domingo y se jugará el primer encuentro de los cuatro del día. El horario de la tarde suele estar reservado para los juegos más importantes, en especial el de las cuatro. *La Cancha* está en la vereda de Sipirra, una de las treinta y dos comunidades del Resguardo Indígena Cañamomo y Lomapieta. Este resguardo de origen colonial se extiende entre los municipios de Riosucio y Supia en el departamento de Caldas.

La vereda es adornada con cafetales y guaduales que representan parte de la actividad económica de sus pobladores. Una carretera la atraviesa y la une con la cabecera municipal. Sus casas son grandes de dos o tres pisos y los hogares de bareque ya son pocos; desde el paso por la carretera se puede ver que siempre hay una casa en construcción en un sitio que se desarrolla, mientras las tradiciones indígenas se intentan preservar pese a la modernización. No solo en la forma de los hogares, también en la idea del territorio y de la vida en comunidad.

Dos sitios son fundamentales en la vereda: el Centro Cultural donde está el parlante para dar toda clase de anuncios, desde una venta hasta el fallecimiento de un conocido y donde se reúnen las personas a discutir cualquier tema relevante para ellos. El otro es *La Cancha* donde hacen deporte y asisten para ver fútbol; de siete días que tiene la semana allí se juega mínimo cinco entre entrenos de la escuela de fútbol, entrenos los viernes donde asiste cualquier persona, sin importar su edad, y partidos amistosos o de torneos.

Cuando uno llega a Riosucio por el sur lo recibe el frío del sector llamado La Playa, una zona montañosa que es atravesada por una carretera curvada, como una culebra que yace sobre una rama. Las aguas cristalinas y heladas bajan desde las montañas tupidas de árboles frondosos y el frío se le mete en la piel a los transeúntes. Si se llega por el oriente primero hay que pasar por el municipio de Supia y allí el cuerpo recibe una descarga de un calor pegajoso gracias a su cercanía con los dos ríos: el Cauca y otro que lleva el nombre del municipio. A medida que se sube también entre curvas cerradas se va agarrando más frío hasta que se llega al pueblo y la temperatura se equilibra entre la del sur y el oriente, hoy por ejemplo es de dieciséis grados.

Al entrar y encontrarse la cabecera municipal se ven las cúpulas de las dos iglesias que destacan sobre los techos de las demás construcciones, como vestigio de dos pueblos que estuvieron separados pero que al final se unieron. De esa unión entre Quiebralomo y La Montaña nació Riosucio y de ahí el Carnaval. En los primeros días de enero durante la celebración, el Diablo, símbolo de la fiesta, tiene la potestad de andar las calles para amenazar a quienes se opongan a este vínculo tri-étnico o para alegrar a los que estén dispuestos a entregarse a la celebración con completa libertad.

Las iglesias están separadas por una sola cuadra. Una rinde sus honores a la Virgen de la Candelaria mientras la otra a San Sebastián. Los españoles trajeron a pobladores negros para esclavizarlos en las minas de oro de Quiebralomo y con ellos llegaron las tradiciones que intentaban preservar. Así se formó la cultura del pueblo entre los españoles, los negros y los indios. Por eso el Diablo es el símbolo de la fiesta con una figura humana de cuernos y cola de toro, alas de murciélago y uñas, ojos, bigote y colmillos de jaguar.

Sipirra mira a Riosucio totalmente de frente y a sus espaldas queda Supia porque gran parte de la vereda está sobre una meseta. Detrás de Riosucio está el Cerro Ingrumá como centinela del pueblo.

A una altura máxima de 2.217 m s. n. m. está habitado de cedros de montaña, cedros negros, cedros colorados y esos árboles están cubiertos de neblina y la neblina oculta a la flora y fauna que allí vive, como a las más de cincuenta especies de orquídeas o los gorriones de anteojos, o las mariposas endémicas como la *Mesene ingrumaensis* o las otras tantas especies que los biólogos creen que viven allí y aún no descubren.

En *La Cancha* el árbitro da el pitazo inicial.

Hoy Nica está entre el fútbol y otra cosa. Está reflexivo y a pesar de ello no abandona la táctica. Les recuerda que a él le gusta el fútbol vistoso, de toque, de esfuerzo con la pelota o sin ella. “Así es que se juega el fútbol, para divertirse”. Es la filosofía que comparte con todo aquel con el que habla de fútbol.

En la Comunidad de Sipirra la noticia más reciente es el fallecimiento de una joven en un accidente de tránsito la noche anterior. Entrenaba con el club, así lo hace saber Nica, y estuvo en la cancha hace menos de una semana. Los muchachos reflexionan, se preguntan por su edad, por la velocidad a la que iba y la fuerza del impacto. Nica interviene y los aconseja:

“La moto no es un juguete, muchachos. Eso es para transportarse nada más, ¿para qué poner la vida en riesgo?” Pregunta sin intención de obtener una respuesta.

Dentro del terreno de juego uno de sus jugadores es superado en un duelo cuerpo a cuerpo. De inmediato Nica se olvida del tema y se levanta para gritar: “HAY QUE PARARSE FIRME” y sobre la raya le hace la demostración: abre los pies y se perfila, se da dos palmadas en el hombro para enfatizar el gesto y empuja el aire con el cuerpo para completar la dramatización. Dentro de la cancha el jugador dice que sí con la cabeza.

Se sienta de nuevo y el padre de familia que lo acompaña retoma el tema que Nica concluye diciendo: “la vida se puede ir en un instante”.

Para llegar a la casa de Nica hay que dirigirse hasta el sector El Centro en Sipirra. Después buscar el camino de piedras que conduce al sector El Porvenir. Subir unos quince o veinte pasos y desde el camino apreciar el portón azul que tiene un letrero que dice “CUIDADO, perro bravo”. Portón que a sus lados tiene un arbusto de hojas grandes y tallos gruesos que se usa como malla y que comúnmente se le conoce como *auroro*. Este arbusto da unas flores rojas, pequeñas y solitarias que nunca terminan de abrirse por lo que parecen mariposas enroscadas de cabeza que se cubren del frío sipirreño.

Desde afuera hay que llamar para que amarren el perro negro que cuida la casa. Cuando ya algún familiar de Nica lo invita a uno para seguir, hay que cruzar hasta el fondo y así llegar a la sala. En

el camino se puede apreciar dentro de una habitación un cuadrado en la pared con una fotografía enmarcada y gastada del equipo titular del Deportivo Pereira donde está Nicanor.

Más adelante hay una bandera del mismo equipo que seguro se ondea cuando hace viento, pero que hoy está quieta como los balones que se reparten por todo el patio. Se puede apreciar gran parte de Sipirra y un pedazo pequeño de Riosucio. Los palos de café y las matas de plátano complementan el paisaje y desde allí se escuchan las motos y carros que pasan abajo en la carretera, más allá de eso todo es silencio.

La primera vez que entré allí fue cuando me lesioné y él me trató la lesión: un tendón se había salido de su lugar y él me estaba ayudando a llevarlo de nuevo a donde pertenecía. Hasta ese momento Nica era una figura a la que no me acercaba más de lo necesario — como a su casa cuando el perro está suelto —, siempre con las palabras medidas en el campo de juego y fuera de él.

En Sipirra todos saben quién es Nica y quien no lo sabe lo aprende rápidamente. Todos saben dónde queda su casa, quién es su madre, quién es su esposa y quiénes son sus dos hijos. Todos saben que juega fútbol, que entrena a los muchachos de la vereda, que tiene una van donde presta el servicio de ruta escolar, todos saben que es profesor de educación física en la Institución Educativa Sipirra y que fue profesor de esta misma materia en el único colegio privado que hay en Riosucio.

Las personas mayores saben que Nica fue futbolista profesional y lo vivieron. Yo había escuchado de su paso por el Deportivo Pereira, pero eran solo comentarios. ¿Qué pasó con él? Pregunta que tenía pero que no le hacía a nadie, ni a mis compañeros de equipo por el temor a que me dijeran: “¿Cómo no vas a saber la historia de Nica?” Me hubiera sentido estúpido. Era una leyenda que se habían pasado de boca en boca como un relato de tradición oral y yo nunca lo había escuchado.

Aún sin saber más de lo que otros sabían lo pude ver en el campo de juego. Esa era la razón por la que no preguntaba más: ¿Qué más necesitaba saber? Si había entrado cojeando en un segundo tiempo por allá cuando la Selección Sipirra jugaba un torneo en el municipio de Quinchia (Risaralda) y le había dado vuelta al marcador él solo. Si él —tantas veces— había pateado un tiro libre tres dedos casi desde la mitad de la cancha y había hundido al portero en su propia malla. Si en esos instantes me hubieran dicho que Nica había jugado en Europa lo hubiera creído completamente.

Dentro de su casa Nica parece desprovisto del manto de mística que le di hace tan solo un párrafo, también la vigorosidad de su cuerpo, que muestra dentro del campo de juego ha desaparecido y luce relajado, tranquilo. Viste saco, sudadera y chanclas. Antes de llegar a la época en la que fue jugador le pregunto: ¿Cómo fue que inició su carrera como entrenador?

“Siempre he tenido la vocación de liderazgo. Inclusive en el año 2004 me voy a las divisiones menores del Once Caldas, siendo un pelado que tenía mucho futuro. Cuando llego en el año 2005 de nuevo a Riosucio, pues me pasaron varias cosas dentro del fútbol que me hicieron imposible volver a Manizales, aprendí mucho y vi que podía ser líder y que tenía que seguir porque ya había sacado mi bachillerato. Empecé a hacer mis primeros pincelazos para entrenar y lo hice con un grupito de niños. Esto fue desde el año 2005 sin dejar *obviamente* mi propósito que era llegar al fútbol competente y pensar en ser jugar fútbol profesional”.

“Acá en mi comunidad siempre es donde yo he disfrutado y donde he tratado de dar mi experiencia y mi conocimiento, de creer en lo de mi tierra y hacer una labor social. Antes por eso y ahora también por mi nombre, por el respeto que he adquirido dentro de mi vereda, porque soy una persona muy sipirreña, tengo una identidad por la comunidad indígena donde vivo. Soy un riosuceño de verdad. En Sipirra es donde más me gusta entrenar porque es donde más veo competentes a los jugadores y yo siempre quisiera optar por darle la oportunidad a los muchachos y enseñarles. Aprendo de ellos y ellos aprenden de mí, siempre en mi comunidad y obviamente en el pueblo también, pero pues en el pueblo he aportado más como jugador”.

Estamos sentados en dos sillones y no nos miramos de frente sino de lado. Siento su amor por Sipirra mientras su mirada sale por la puerta como queriendo que esas palabras se escuchen afuera en la vereda y no solo adentro entre nosotros. Él nació ahí un dieciséis de junio de 1985 y desde entonces es el lugar que ha habitado y el que ha añorado en la distancia cuando buscar su sueño lo llevó a habitar otros lugares.

El sol se abre paso entre las nubes y ha subido la temperatura, no mucho, solo uno o dos grados. Detrás de uno de los arcos, pegados a la malla que da fuera a la calle, hay dos policías observando desde el inicio del partido. Después me daría cuenta de que uno de ellos estaba viendo jugar a su hijo. Arriba, en las gradas, se abren los negocios donde se vende guarapo y cerveza a ritmo de tecnocumbia; más a la izquierda también se inaugura el día en los negocios donde venden empanadas, chorizos, pasteles, tortas de chócolo, costilla ahumada, corazón, bofe, morcilla, tortas de carne, limonada y, por supuesto, chicha.

El árbitro busca la mitad de la cancha y finaliza el primer tiempo. Nica detiene el cronómetro de su reloj. Sipirra gana 2 a 1 después de haber iniciado perdiendo. El gol que les marcaron llegó de un tiro libre en el que el arquero no tomó las suficientes precauciones. Nosotros lo veíamos tímido, como si deseara salir corriendo de allí y se dijera para sus adentros que estaba en el lugar incorrecto. Uno de los muchachos, Jhonathan Hernández, que también es arquero, le gritaba desde la raya que saliera o que se tirara así fuera por sospecha cuando el balón pasaba cerca de su arco, pero él parecía incapaz de escucharlo.

“Muchachos a mí el fútbol no me gusta con miedo. Aquí es para divertirse y jugar”, dijo después de que todos los jugadores lo rodearon haciendo un círculo en el suelo. Ejemplifica los toques y el cómo deben pararse para recibirlos, para buscar a un compañero cuando tengan el balón en los pies. “Ah jueputa que es jugar sin balón, pero nosotros no sabemos jugar sin balón. Así ganó el Pereira su primera estrella contra el Medellín, pero nosotros no sabemos eso, el fuerte de nosotros es jugar con el balón”.

Como era de esperarse Nica se dirige al arquero y le explica que debe estar más atento para jugar. Lo aconseja y lo anima con un instinto más paternal que de director técnico, con una voz apacible que no se parece en nada a la que usa cuando da órdenes desde la banca. Ajusta otros detalles y concluye diciéndole a sus jugadores que están haciendo un buen trabajo y que deben seguir así, incluso mejor, para el segundo tiempo.

Cuando Nicanor tenía unos seis años ya jugaba al fútbol. En su casa azotaba las paredes y las ventanas y les causaba migraña a sus tías. Excepto a una que decía: “Déjenlo que ese muchacho sabe para dónde va”. El primer equipo del que hizo parte se llamó Los Pitufos, pero curiosamente no vestían de azul sino de rojo. Su fundador, el finado Oscar Hernando Ortiz, “Cusca”, era hincha del América de Cali y si alguno quería participar debía vestir con el escudo y colores de ese equipo. ¡Pobre Nica! Pero él no se dejaba y le decía: “yo no sigo en el equipo porque no me gusta ponerme esa camiseta”. Intentaba negociar: “un día nos ponemos la de América y otro día la de Nacional.

Más adelante Lenin González Palau fundó lo que hoy se conoce como la Escuela de Fútbol de Sipirra. Un proceso llevado con amor a pesar de la escasez de recursos que contrasta con la “abundancia” con la que hoy cuentan los niños que participan de esta misma escuela. En esa época solo había dos o tres balones y la cancha no tenía las condiciones que hoy tiene después de su renovación en 2019. Ahora por lo menos cada jugador cuenta con un balón para entrenar.

“Cuando le pitaban W al otro equipo lo esperábamos porque nos gustaba jugar, era triste si al final no había partido. Nos divertíamos con el balón y nos daba pereza ganar tres puntos por W. Con mis compañeros de esa época hemos hablado de esa infantil, ese grupo creó un proceso y muchos integrantes de ese equipo somos los de la Selección Sipirra ahora y los que hemos ganado varios torneos”.

A los trece años ya jugaba para la Selección Sipirra y al día de hoy lleva veinticuatro años jugando para esta. La Selección Sipirra nació de la competitividad que había dentro de la comunidad entre los diferentes equipos de fútbol. Eran tres o cuatro y todos eran buenos, dice Nica. Por eso se debió crear uno solo que recogiera los mejores de la vereda para representarla.

La mañana ha avanzado y la lluvia sigue presente sobre los tejados. Los mototaxis pasan abajo en la carretera con sus impermeables puestos y las busetas que van de Sipirra al pueblo pasan cada quince minutos. Lola Trejos, madre de Nica, se acerca para ofrecerme café. Nica me recuerda el cariño que le tiene cada vez que puede, también el cómo ella siempre estuvo presente en su proceso: “Mi mamá con su humildad siempre me apoyaba, me compraba mis guayos y mis uniformes”.

Por la misma época en la que comenzó a jugar en la Selección Sipirra, un patrocinador del extinto equipo Club Deportes Dinastía de Riosucio, conjunto que participó del primer torneo oficial de la B nacional del fútbol colombiano, se ofreció para llevárselo para Medellín a jugar en las divisiones menores de Atlético Nacional.

“Era un niño. Yo soy hijo único y obviamente llegarle con una noticia de esas a mi mamá... Que me iban a llevar... No era fácil para ella y la respuesta fue ‘NO. Es que yo quiero que mi hijo termine sus estudios’. Ella no tenía una orientación. Yo debía seguir las órdenes de mi madre. Inclusive ahorita hablamos del tema y le decía: ‘Ma, usted se imagina donde yo me hubiera ido desde los trece años cuando me iban a llevar’. Tenía que terminar mis estudios, pero después miramos que esas oportunidades hay que cogerlas porque el fútbol es muy corto. Ahorita el fútbol no es como antes, el fútbol anteriormente era solo formarse como futbolista, no se recibían otras orientaciones. Ahora sí. Ahora usted al club donde vaya sabe que hay casa, alimentación e inclusive hay estudio”.

Mientras bebo el café hacemos una pausa en la entrevista y la conversación toma los colores de una charla de vecinos sin el encasillamiento de los cuestionarios periodísticos. Aprovecho para rememorar momentos que compartimos juntos sin estar tan siquiera cerca:

Cuando la Selección Sipirra juega en el Polideportivo, que generalmente es a las tres o cuatro de la tarde, los domingos o los lunes, *La Cancha* se llena. Al lugar llega gente de Riosucio y de los municipios vecinos que vienen para ver los partidos, a comer a los puestos de fritos, a apostar en cada uno de los encuentros o a tomar guarapo; esa bebida que es emblema de la vereda y antes de ser “guarapo” fue “chicha” porque los ancestros indígenas la tomaban solo para refrescarse y con el paso del tiempo se dieron cuenta que se podía fermentar.

El guarapo tiene su propio carnaval. En Sipirra se le hace una fiesta donde es el protagonista junto a la Diosa de la Chicha. Se celebra la bebida entre cantos y poesía, entre chirimías y rituales, pero esto no siempre fue así. En los años treinta y cuarenta terratenientes pagaban *celadores* para que persiguieran a aquellos que hicieran guarapo. Quienes hacían el guarapo tenían que esconderlo en los cafetales, las guaraperías eran selladas y sus dueños perseguidos mientras intentaban esconder el guarapo en los cafetales.

Bajo el techo de zinc que cubre de los rayos solares apenas la cabeza, pues el sol se esconde detrás del Cerro Ingrumá, un grupo de señores toman guarapo y cuentan billetes arrugados de diez, veinte o cincuenta mil pesos para apostar. Afuera de los camerinos otros dos señores negocian los

términos de su juego, pero uno de ellos prefiere reducir su riesgo a cero y dice “yo no apuesto porque ya vi que Nica va a jugar”. Nica los escucha desde adentro del camerino y sabe que por causa de una lesión es posible que no juegue el partido.

Mientras eso sucede yo estoy arriba viendo el público, todos vecinos míos y de Nica, que espera con ansías ver a su equipo. Cuando salen los once titulares a la cancha mis vecinos pasan revista de los titulares. Algo que le puede llegar a disgustar mucho a un sipirreño es que en el once titular, o en la banca, haya una persona que no sea de Sipirra o que no tenga relación con alguna persona de la vereda: ¿Y ese quién es? ¿Y quién lo trajo? ¿Y es que en Sipirra no hay quién juegue ahí? Las personas son exigentes y el que no rinde sale rapidito y mucho más fácil si es de otro lado.

“Ha habido campañas muy malas de la Selección y sabemos que por las redes sociales nos van a criticar; la gente lo llama a uno ‘bueno, ¿qué pasa con el equipo?’ O sea, aquí las personas son tan aficionadas que lo toman como si fuera un club de competencia y de mucha responsabilidad, usted aquí pierde uno o dos partidos y ya le dicen: ‘El que se coloque la camiseta de Sipirra es porque la va a sudar’. Uno tiene que estar y saber que hay que correr porque tenemos una hinchada exigente, una hinchada que le gusta ganar; están en las buenas y en las malas, pero a la gente le va a gustar que siempre haya un equipo competitivo. Equipo aquí que no sea ganador no va a significar nada. La gente sabe que no todas las veces se sale campeón, pero por lo menos que se vea que se pierde con jerarquía, que se pierda con ganas”.

Cuando el equipo juega fuera de la vereda, la hinchada, que somos los mismos vecinos, se alista para salir ya sea en bus, chiva o jeep. En las casas se madruga para preparar los fiambres de sudao o de arroz, chorizo y tajadas de maduro; que se envuelven en hojas de plátano curadas o de biao. Los porrones de 25 litros se llenan de guarapo si el viaje es de largo aliento como a algún pueblo de Antioquia o del Valle del Cauca y se llenan tarros de tres litros, de los de gaseosa, si el trayecto es más corto como Supia o Quinchia que no quedan a más de veintitrés kilómetros de distancia.

Aunque si se trata de una final no importa la distancia del trayecto. Para la final que disputó Sipirra de la Copa Ciudad Quinchia, el 20 de diciembre de 2019, se llenaron los porrones, se cargaron las banderas, se subieron los instrumentos a las chivas para la chirimía y se coparon las tribunas incluso más de lo que alguna vez lo había hecho el local. Si el equipo de la comunidad juega fuera, las calles quedan prácticamente vacías y no hay quien recoja el café ni muele la caña para la panela porque la gente está alentando a la Selección.

El policía aplaude desde afuera. El final del partido se da sobre el mediodía y el marcador aumentó solo a favor del equipo local: 4-1. Nica luce feliz y ya no le importa que hayan dejado jugar a un rival que en el primer tiempo había salido por una tarjeta roja. La victoria se consiguió jugando bien, tocando el balón y paseándolo de lado a lado.

Ya no importa nada más porque ha conseguido la victoria.

Tarde

Son casi las cuatro de la tarde en Villamaría (Caldas). En el polideportivo de este municipio hay alrededor de unas ochenta personas que observan un partido. Las palomas picotean restos de papas y galletas en el piso, los niños corren mientras juegan y las espantan, mi primo Julián y yo llegamos por primera vez a este lugar. Hace tan solo unas horas estaba viendo a Nica dirigir un partido y ahora, a noventa y cinco kilómetros de Sipirra, me preparaba para verlo jugar.

Cuando uno entra al polideportivo de Villamaría a la izquierda hay una zona de cafeterías y a la derecha está la entrada a las gradas. Sobre la pared de esa entrada hay un tablero grande que tiene varias hojas impresas que dicen “torneo mayores de 35 años”; allí están las estadísticas: tabla de posiciones, próximos encuentros y goleadores.

En el primer puesto está Mundo Tenis, en el segundo Riosucio Piso 23, equipo donde juega Nica, y en el tercero Alemana de Repuestos – Tenis Laser. El partido de las cuatro de la tarde es atractivo porque jugarán el segundo y el tercero en una disputa directa por el segundo puesto. Abajo está la tabla de goleadores: el primero es Nica con catorce tantos en ocho partidos. Los otros dos que completan el podio también son de su equipo. Llamo a Julián para mostrarle la tabla de goleadores, pero él ya la había visto y me dice: “Eso se sabe”.

Nica ya tiene el uniforme puesto. Lleva el número 22 en la espalda y me doy cuenta de que es la primera vez que lo veo con uno diferente al 14. Ese número que eligió por su ídolo Johan Cruyff, jugador y entrenador neerlandés, quien lo usó en su gran participación en la Copa Mundial de 1974. Arriba de su nuevo número dice “Riosucio” y su uniforme es azul oscuro. Tiene guayos blancos y canilleras naranjas. Se ve feliz y me saluda de lejos mientras busca algo en su bolso para por fin bajar a la cancha.

Comienza a llover. Aun así el sol se manifiesta y le da al escenario un color sepia como de película. El partido anterior terminó y ya la cancha está lista para la próxima disputa. El murmullo de la gente no alcanza a camuflar las canciones de salsa como la de *Se acabó el amor* de Adolescentes Orquesta:

*Y es que el amor que yo tengo te lo di, y no hay más
Se acabó, me quedo solo y triste, mi alma morirá...*

Miramos a nuestro alrededor y no vemos a nadie más de Sipirra, solo somos mi primo y yo que vinimos desde la vereda. Recorrimos los noventa y cinco kilómetros en unas dos horas en una moto pequeña que él compró hace algo más de un año. La carretera es en su mayoría recta y el Río Cauca parece jugar con ella pues sus meandros hacen que se aleje y se acerque en algunos pedazos del

trayecto. Extrañamos al público nuestro pero sabemos que es así porque Nica está jugando para Riosucio y no para Sipirra. Y si no fuera por este perfil seguro nosotros tampoco hubiéramos venido.

Nica terminó el colegio en el 2001. Se graduó de la Institución Educativa Riosucio que para ese tiempo se llamaba Instituto Cultural Riosucio. Según dice la página antigua de la institución la ceremonia fue un 7 de diciembre de ese año. Para enero del año siguiente a él lo abrumaba la idea de no saber qué debía hacer con su vida.

Para él no había nada más allá del fútbol ¿Qué se suponía que debía hacer si ya tenía un sueño? Uno solo. Además salir de Sipirra a la ciudad es difícil, incluso lo es estudiar en el mismo municipio. Según el Plan Territorial de la Alcaldía de Riosucio de 2020-2023, la población de veinticinco a cuarenta y cuatro años, que es la económicamente activa, debe irse a otras ciudades para buscar oportunidades en educación y empleo. Ese panorama es igual desde hace muchos años.

Eso no aplica solo para el estudio y el empleo sino también para el deporte. Ya Dinastía se había extinguido. Juan Carlos Henao, arquero ganador de la Copa Libertadores con Once Caldas, y otros más usaron ese equipo como catapulta en otros tiempos, pero Nica estaba muy joven para ese entonces. En el momento que lo necesitaba no había un lugar para él en la lista de convocados de un equipo con proyección.

“Uno necesita alguien que le ayude. En Riosucio, en mi época, ese proyecto de vida lo veía muy lejos porque solo no tenía la posibilidad de presentarme en un club. Ahorita por todas las redes sociales uno ve: ¿Quiere hacer parte del Once Caldas? Preséntese en tal lado. Uno se da cuenta de todas las veedurías en este momento, anteriormente no. Se necesitaba a alguien que lo llevara. Uno con unas ganas de irse de acá para mostrarse en un equipo, pero nada, entonces la felicidad era cuando llegaba sábado y domingo, de resto entre semana no había nada que hacer y mi madre me preguntaba ‘bueno mijo, ¿qué va a hacer?’ Mi familia siempre quiso apoyarme en estudiar algo, pero yo no me animaba”.

Todos esos jugadores talentosos que viven para el fútbol, al igual que sus familias, no tienen dónde mostrarse y a pesar de la belleza del asunto es como jugar un partido en la última fecha cuando ya todo está definido. Saben que el partido está jugándose pero a nadie le importa y no hay mucho espacio para el resumen de ese encuentro en las noticias. Antes de Nica hubo otros esperando esa oportunidad que no llegó. Él estaba esperando a ser descubierto, así como alguna vez se descubrió la mariposa *Mesene ingrumaensis* en lo más alto del Cerro Ingramá, el más importante de Riosucio.

Cuando se tiene el indicio de una nueva especie hay que dirigirse hasta el sitio donde se cree que habita y tomarse de diez a quince días para observarla. Hay que seguirla, registrar su comportamiento y anotar sus características. Después se compara con otras mariposas que ya tienen

un registro completo y se precisa si se trata de una nueva especie que debe ser catalogada. Toma su tiempo pero vale la pena.

No es diferente con los jugadores que deben volar esperando que alguien mire con franqueza su trabajo y no solo que pasen como los peregrinos pasan a través del Cerro en Semana Santa con su mirada fija en sus camándulas. No. Necesitan a alguien que se tome el tiempo de observar. Analizar sus alas, de saber que puede elevarse entre las copas de los árboles y que son fruto de esa tierra, que no se da en ningún otro lugar, como la *Mesene ingrumaensis* que estuvo tanto tiempo escondida—más bien ignorada— hasta que alguien se tomó el tiempo de buscarla para que se hablara de ella más allá del Ingrumá.

Tuvo que esperar tres años para que se le diera la oportunidad de ir a un club, mientras tanto siguió jugando con la Selección Sipirra. José Ricardo “Chicho” Pérez, campeón de Copa Libertadores y jugador de Selección Colombia, vio a Nica en un Torneo de La Patria en el que jugó con el equipo del resguardo indígena, conjunto que fue creado con la intención de participar en Primera C y en otros torneos. Este equipo fue importante porque solo estaba conformado con jugadores indígenas y respondía a la cantidad de futbolistas que había en el resguardo.

Chicho Pérez lo llevó a él y a dos jugadores más de Riosucio a las divisiones menores del Once Caldas, tal vez en su tiempo más glorioso, en la época donde el equipo profesional se disputaba la Copa Libertadores que terminó levantando después de ganarle al Boca del técnico Carlos Bianchi en penales. Estaba viviendo el sueño. Los más jóvenes servían de *sparring* en los entrenamientos del equipo profesional y Nica estaba entre ellos.

Vivió sus primeros días en una habitación que un conocido de Riosucio, Jaime Francisco González, le ayudó a pagar al igual que quince días de alimentación. Era tanto su entusiasmo por ir a entrenar que una madrugada se levantó a las cuatro de la mañana para ir a esperar. El entreno era a las siete y solo un vigilante lo hizo caer en cuenta de su error porque allí, a esa hora, lo podían robar.

La espera había valido la pena y el tiempo “perdido” ya no lo era más. Estar en un equipo competitivo con el respaldo de su entrenador era una garantía y un lujo. Con diecinueve años nunca había estado tan cerca de lograr su objetivo de ser jugador profesional. Le gustaba jugar en el medio campo pero se hubiera puesto los guantes para atajar de haber sido necesario. Si lograba que pusieran los ojos sobre él no sería el único beneficiado. Cuando nace una estrella, o más bien se descubre, los medios de comunicación por fin se arriman a lugares que nunca se hubieran atrevido a cruzar en otras circunstancias y hacen visible lo que hasta ese momento ignoraron.

Después de eso vienen los que saben de negocios y una cosa va llevando a la otra hasta que se ven las oportunidades más cercanas. “Cuando yo llegué al fútbol profesional muchos dijeron “aquí va a ser” para que sigan otros. Lastimosamente yo no pude. Pero también soy de los que dice que

cuando se vaya uno se van a ir muchos. Háblese por ejemplo de la cantidad de jugadores que hay en el Chocó, en el Urabá, en la costa; salió uno y ese uno empezó a hablar de los otros y entonces los empresarios y los dueños de los equipos o de las corporaciones fueron llegando”.

Pero la estabilidad duró poco y Chicho Pérez salió de las divisiones menores del Once Caldas y con él salió Nica: “Siempre he dicho que salimos por cosas ajenas al fútbol. Eso sí, simplemente que digamos por mi humildad y por mi seriedad nunca dije nada, pero sí fue algo ajeno al rendimiento. No sé si fue porque creían que ya estaba muy viejo, pero en esa época tenía diecinueve años”.

A los treinta minutos de partido ya se ha dado cuenta de que no será una tarde fácil. Van 2-0 abajo en el marcador y los jugadores rivales lo tienen asfixiado. Lo buscan, le pegan sutilmente, enredan los pies de ellos con los suyos, lo empujan; quieren impedir que sume más de esos catorce goles que ya tiene. Tiene rabia y mi primo dice “se la sacaron”. Corre hacia el jugador que tiene el balón e incluso antes de que lo toque ya sabemos que será amarilla. El árbitro la saca y él le recrimina “ni lo toqué”.

Él me dijo que acostumbra a estudiar el reglamento, que no le gustaban los jugadores que irrespetan al árbitro y hablan sin conocer las normas. Se prepara para saber qué puede decir y que no, no le gusta la improvisación, pero está enojado y dudo que recuerde lo que estudió. Se lleva las manos a la cintura, se da golpes de pecho, da indicaciones, pero siguen abajo en el marcador.

38 minutos. Llega el descuento. Hay esperanza y mi primo se emociona. Grita, apoya, empuja. Nica cojea. Le duele el isquiotibial y por eso se toca detrás de la pierna. No hay cambios. Vinieron los once exactos para el partido y no hay quien lo remplace e igual dudo que pudiera salir así pudiera. El otro equipo tiene siete cambios. 40 minutos. 3-1. Hace un túnel cerca a la raya de la banda. Recuerdo lo que dijo en la mañana: “Si hago un túnel y vuelve como un toro pues le meto otro. Si muestra respeto, ¿para qué voy a humillarlo de nuevo?”

Finaliza el primer tiempo. Busca al árbitro y le manotea. No escucho lo que dice pero está molesto. Inicia el segundo tiempo y reciben otro gol. Un niño con camiseta del F.C Barcelona cambia los números en el tablero gigante: 4-1. Tiro libre a favor. Cada vez que Nica va a cobrar un tiro libre una mujer de pelo rubio saca su celular para grabar, pero no pasa nada, no hay goles de Nica para compartir o subir a los estados.

Faltan pocos minutos. 5-1. Está enojado. Pelea hombro con hombro con el capitán del otro equipo y aprovecha para golpearlo sutilmente. Nadie se da cuenta. Después hace una falta y alguien en la tribuna le grita “y luego chillá”. Tiro libre a favor. Nica no quiere cobrar. La mujer no graba. Finaliza el partido. Se toma foto con sus rivales. Sonríe. Reparte abrazos. Se acerca a la banca y vuelve a lucir frustrado. Invita a hacer un círculo y les da una charla a sus compañeros.

Analizo la situación. Miro a la gente y pienso que no hay un lugar en todo Colombia donde a esta hora, un domingo, no haya rodado un balón. “Vamos” me dice mi primo. Serán dos horas de vuelta a casa.

Después de salir del Once Caldas, Nica estaba de nuevo en el mismo punto en el que había empezado. La seguridad que sentía se disipaba ante él y en su lugar llegaba una lluvia recia que no lo dejaba ver demasiado lejos. Debía retornar a Riosucio de donde le costó mucho salir y retomar la espera y la búsqueda.

En 2007 el haber participado en una Primera C donde el equipo del Resguardo, de Sipirra, destacó en la competición y ganó la mayoría de los partidos de local, siendo *La Cancha* la fortaleza del equipo, le dio la posibilidad de mostrarse nuevamente. Al finalizar esa Primera C un equipo de Pereira lo contactó y Nica volvió a irse esta vez para jugar Copa Ciudad Pereira.

No desaprovechó esa oportunidad y consiguió que un representante gestionara para que jugara la pretemporada con el Deportivo Pereira. “Digo que no me dieron el reconocimiento al mejor jugador en ese torneo porque era muy nuevo e igual era necesario un palancazo”. Los pasos que había retrocedido con su salida del Once Caldas los volvió a caminar. Lo curioso es que las dos veces que consiguió estar tan cerca todo inició con el equipo que el resguardo indígena creó para sus jugadores. Oportunidades concebidas dentro de la vereda para salir, para hacerse notar.

El Deportivo Pereira no contaba con la suerte que tenía aquel Once Caldas del 2004. Era un equipo que el año anterior había peleado la promoción con Academia y consiguió salvarse por una victoria 3-1 en el partido de vuelta. Tenía problemas financieros y directivos; los técnicos salían y entraban en cuestión de días y su posición en la tabla era en la parte baja.

Comenzó a entrenar con el equipo profesional pero no duró mucho. El club necesitaba jugadores experimentados por lo que muchos otros como él fueron a parar al segundo equipo. Para su suerte ese año, el 14 de febrero de 2008, se aprobó la realización de la Copa Colombia. El primer equipo se concentraría en la liga y ellos en el torneo. Era oficial. Era profesional. Para vincularse formalmente al club el gobernador del resguardo debió ir a Pereira y firmar los papeles correspondientes porque al participar en el equipo patrocinado por el cabildo los derechos deportivos le pertenecían a este.

El primer partido fue contra Independiente Medellín en Ditaires un miércoles cualquiera. Adrián Magnoli era el director técnico de ese equipo que viajó a Itagüí y ya conocía a Nica desde que dirigía partidos en Sipirra como visitante cuando participaba en la Primera C. Tenía claro que “a ese peludo de los indígenas, del resguardo, había que marcarlo”. Por eso cuando Magnoli vio a Nica en las veedurías para formar el equipo que jugaría Copa Colombia no dudó en incluirlo. El

día del debut en Ditaires la prensa le preguntó a Magnoli al final del encuentro por el mejor jugador del partido y él dijo que sin duda era Nica.

De camino a Pereira hubo una llamada: “Los quiero a todos para la práctica”, dijo el técnico del equipo profesional. Tras un partido lo normal es hacer una recuperación por lo que Nica pensó que sería un día tranquilo. Él lo cuenta con humildad, pero entiendo que me quiere decir que ese entreno al que llamaron a todos los jugadores de ambos planteles era para él. Solo para verlo a él.

Tiene razón porque en la charla el técnico le dijo: “vamos a ver qué es lo que tiene porque todos los que subo se asustan, pareciera que mordiera”. Jugó toda la práctica con el equipo profesional porque necesitaba a un zurdo, un lateral. Como estaba jugando Copa Colombia él no se fijaba mucho en la liga y no sabía contra quién jugaban el fin de semana. Pero el técnico de la profesional lo hizo caer en la cuenta de la urgencia de averiguarlo al decirle que se olvidara del otro equipo porque a partir de ese momento él era parte del primer plantel.

Esa frase abrió la puerta por completo. Jugar Copa Colombia era ser futbolista profesional, pero para ser su primer año no era el mayor atractivo. El sábado estaba en la lista de convocados y el domingo ya estaba en Bogotá para jugar contra Santa Fe.

“Mis familiares viajaron para verme. Claro que pensaron que me verían en la banca y yo creí lo mismo. Los jugadores cuando los convocan por primera vez no juegan o si juegan lo hacen muy poco. Mucho menos arrancan de titulares, y si lo hacen, solo juegan unos minutos”. Una excepción a esa regla resultó ser su debut en la liga porque jugó los 90 minutos en un empate 1-1. Ya era de allá y de ningún otro lado.

Él me dice que cuando no está trabajando entonces está viendo fútbol, jugándolo o dirigiéndolo; y cuando no se trata ni de lo uno ni de lo otro es porque está jugando billar, divirtiéndose con las cartas o hablando con sus amigos mayores que le cuentan anécdotas de la vereda en tiempos pasados. Incluso me comenta que tiene una idea, junto a otros vecinos, de montar un conversatorio justo una semana antes del Carnaval del Guarapo, que será en agosto, para que las personas se reúnan a escuchar historias de personajes únicos que nacieron en Sipirra.

Pienso que como él quiere contar la historia de otros yo quiero contar la suya, porque cuando se busca a “Díber Nicanor Vélez Trejos” en la plantilla del Deportivo Pereira del año 2008 sale su nombre y una silueta de un hombre gris que sostiene un balón en su mano derecha. Solo algunos jugadores de ese equipo como Carlos Andrés Ramírez, que juega en el Deportivo Pereira, o Carlos Darwin Quintero, que juega en América de Cali, tienen fotografía.

Detrás de ese personaje gris y genérico está él. Diciéndome que tal vez lo mejor que le pudo pasar fue haber salido del Deportivo Pereira. Ahora que lo veía en retrospectiva, lejano, estaba feliz de

encontrarse sentado en ese mueble, en esa casa, con ese pasado y no con otro. El argumento más grande es su familia.

Desde ese debut en Bogotá jugó casi todo ese primer semestre para el Pereira como titular, pero después vinieron los refuerzos, vino otro técnico y la suerte le cambió porque aquello es como las cartas o como el billar, que necesita cierta dosis de destreza pero otra tanta de suerte. Finalmente salió del club a inicios de 2009 porque no tenía una buena relación con el nuevo técnico y mientras buscaba otro equipo se lesionó cuando volvió a jugar con la Selección Sipirra. Una lesión de esguince de tobillo que tuvo una recuperación muy lenta y lo fue alejando de los estadios, por lo menos profesionales, y volver al nivel le costó demasiado.

Un año más tarde cuando las oportunidades se volvieron a presentar ya tenía otras prioridades. En Bogotá Fútbol Club estuvo un tiempo hasta que se aburrió por dificultades económicas. Siguió participando en la Copa Ciudad Pereira y las directivas del Deportivo Pereira lo volvieron a buscar, pero por razones que desconoce aún hoy el día que fue a firmar el contrato le dijeron que ya no lo tendrían en cuenta. Así como una primera frase lo había iluminado por completo esta otra lo volvía a la oscuridad.

No diré que es un hombre que alcanzó lo gloria por un instante y después se alejó de ella porque estaría mintiendo, limitando la felicidad a un solo momento — y a un solo significado — y lo estaría encasillando en un lugar común que lo haría parecer infeliz cuando en realidad lo observo tranquilo, feliz.

Diana Ospina es su esposa desde hace más de doce años. Es la madre de sus dos hijos y antes de casarse fueron novios por nueve años. “Mi Dios sabe cómo hace sus cosas. Yo siempre he pensado eso porque cómo le parece que el año más complicado para mi relación, el año más duro, fue en el que yo estuve en el Deportivo Pereira porque cambiaron muchas cosas, ya no podía estar viniendo, me mantenía concentrado, yo no podía estar con ella porque ella era una niña de casa, no podía salir e irse para Pereira sin permiso”.

Antes de hablar con él creía que su vida era el fútbol. En parte sí porque todo gira alrededor de ello, pero por encima está su familia, ¿de qué le serviría ser jugador profesional estando solo? Recuerdo los balones que vi en la entrada de su casa. Vinieron a mí las memorias de los entrenamientos donde Emmanuel, el más grande de sus hijos, jugaba en la cancha y Nica lo animaba a hacer su mejor esfuerzo. Lo ponía con muchachos más grandes para que aprendiera.

Le pregunté si en la espera de ese descubrimiento guardaba el anhelo de que su hijo fuera esa especie única que debía revelarse, abrir el camino. Me dijo que sí, que existía la posibilidad, pero que no era algo que lo trasnochara. Enseguida se puso a pensar sobre lo difícil que es ese mundo y la disciplina que exige y agregó que esperaba que su hijo también conociera otras cosas, que

estudiara. Si ese es el camino que llegara a elegir lo apoyaría. Tiene diez años y “es un gomoso del fútbol”.

“Lastimosamente o afortunadamente me tiene a mí”. Reflexiona porque puede darle todo el conocimiento que tiene, el que adquirió con los años y el que aprendió estudiando entrenamiento deportivo, pero admite que le exige como si fuera un jugador grande y no un niño. “Sé que estoy equivocado porque él tiene que divertirse, pero hay veces que paso de ser ese profesor de todos a ser el profesor de él, y a ser papá, entonces quiero que él haga las cosas como yo quiero, que las haga como un mayor. Ahí está como una contradicción”.

Una contradicción que seguro irá resolviendo con el paso del tiempo y que depende más de su hijo que de él. Lo sabe y está conforme. Igual cree firmemente que llegará una mañana, soleada o lluviosa, no importa, donde alguno de tantos pondrá la bandera en la cima de la montaña, del cerro, y todos la verán desde cualquier lado, sea su hijo o sea otro.

Mientras eso pasa él seguirá jugando fútbol y entrenando a los muchachos ya sea para que lleguen a ser futbolistas profesionales o para que sean buenas personas y profesionales en otras cosas. Me deja claro que le interesa más lo segundo que lo primero. Y sobre él es simple: “¿Fútbol? Hasta donde nos permita Diosito”.

“Todavía consigo dinero, sea poco o mucho, por parte del fútbol”. Lo llaman para jugar un torneo con un equipo y le dicen con qué le pueden colaborar como los pasajes o con un dinero extra. “No son cifras para subsistir o pagar el mercado, pero sí para el fresco”. Trabajó en Solomoflex, una empresa productora de partes metalmecánicas, porque el dueño de la empresa quería que jugara Copa Ciudad Pereira para él. En 2014 quedaron campeones y los *leads* de las notas que se escribieron por esas fechas fueron contundentes: “Nicanor Vélez salió como mejor jugador del torneo”.

Mientras llega la hora del descubrimiento la Comunidad de Sipirra seguirá a su equipo en *La Cancha* o a cualquier lugar que vaya. Los padres seguirán inscribiendo a los niños y niñas en la escuela de fútbol. Los viernes seguiremos subiendo los viejos, los que ya no fuimos, a las cuatro de la tarde para jugar el partidito semanal que ya es tradición desde hace más de veinte años. Todo seguirá igual en esa tierra indígena y futbolera hasta que uno de nuestros vecinos dé la patada inicial y la vereda se quede vacía para ir a verlo jugar como profesional.

Cantos de pájaro en nido ajeno

Es la segunda vez que tengo a Yeison en frente. Ahora su cabello crespo lo tiene pintado de rubio y no negro como lo tenía en la primera ocasión que hablamos. Veo la mitad de su cuerpo: del ombligo a la cabeza. Nos estamos mirando a los ojos a pesar de que, según Google Maps, nos separan 765 kilómetros. La cámara ayuda a disminuir la distancia que hay entre Medellín, donde estoy yo, y Pasacaballos, donde está él.

Pasacaballos es un corregimiento de Cartagena ubicado a unos cincuenta minutos de esa ciudad. Se trata del hogar de Yeison Pérez Santoya, protagonista de esta historia, y de más de 14.500 personas más que habitan allí. La mayoría de su población es afrodescendiente, aunque con el paso de los años se ha diversificado con personas provenientes de otros lugares de la ciudad y del departamento.

Si pongo “Pasacaballos” en el buscador lo primero que puedo averiguar es que el nombre le perteneció primero que todo a las barcas donde pasaban los caballos de una orilla del río a la otra, así lo sustentó el historiador Donaldo Bossa Herazo; de allí vendría su particular nombre que no es indiferente a otros que existen en la Costa Caribe que se pierden, combinan y transforman con la calidez y practicidad del acento costeño.

Lo que hoy es el Canal del Dique ha sido de gran importancia para el desarrollo y la identidad del corregimiento. El canal que existe desde 1533 como alternativa para unir diferentes fuentes de agua, hoy es indispensable para las actividades económicas del lugar como la pesca. Transita al lado de Pasacaballos como una línea recta hecha con marcador sobre el mapa, que guía las diferentes aguas que van en búsqueda del Mar Caribe.

Con la palabra “Pasacaballos” en YouTube se despliega una lista de canciones entre salsa, rap y champeta dedicadas al lugar. El orgullo que muestran en sus letras es evidente, además es un sitio que suena todo el tiempo: el fútbol y la música son igual de importantes.

*Pasacaballos tierra querida, tierra soñada, tierra llena de ilusión;
pa' ti yo tengo mi vida, mi alma entera y mi corazón;*

*el obrero, el campesino... y también el pescador...
sus frentes traen cansadas, pero alegre el corazón...*

El Tío Mañé le canta a esta población que se divide entre actividades económicas como la pesca, la siembra de arroz y la industria debido a su cercanía con el Canal. A pesar de la importancia de esta población en la economía de Cartagena, sus habitantes deben enfrentar condiciones precarias de atención en salud, baja calidad educativa, desempleo, el deterioro de las vías internas y en las que comunican este corregimiento con el resto de la ciudad.

Yeison ha recorrido esas vías a lo largo de sus veinticuatro años para ir al colegio, para hacerle los mandados a su madre, para trabajar y en especial para jugar al fútbol. Hoy es entrenador y director del Club Visión Real de Pasacaballos donde le enseña a niños desde los cuatro años y jóvenes hasta los diecisiete acerca de este deporte: táctica, fundamentación, cuidado físico, mecanización de movimientos y en especial sobre lo que deben hacer si se les presenta la oportunidad de llegar a ser profesionales.

Es la segunda vez que tengo a Yeison en frente; la primera fue en un especial del periódico regional *El País* de Cali, en colaboración con otros medios latinoamericanos, donde contaba que había sido estafado por un falso agente deportivo. Por eso sé de su preocupación por enseñarle a los integrantes de su escuela acerca de los peligros que tiene el mundo del fútbol, cuando no se trata solo del balón sino también de grandes sumas de dinero.

Antes de llegar a ese punto él también jugó en las calles, parques y canchas de micro improvisadas de Pasacaballos. Por allá en el 2010, cuando tenía once años, practicó sus primeras gambetas acompañado de sus amigos. El Parque de la Cruz fue la primera “cancha” que pisó Yeison Pérez y donde aprendió a jugar.

Todos los días a eso de las cuatro de la tarde él y sus amigos llegaban al Parque de la Cruz para iniciar un partido que se podía extender hasta las ocho de la noche, con un alargue tan grande que la FIFA nunca permitiría y en una cancha muy diferente a las que mostraban en la televisión. El parque era redondo y en la mitad tenía una cruz de madera que permanecía sobre un bloque de

concreto, no tenía césped verde, pero sí baldosa roja y las porterías no superaban los diez centímetros de altura porque unas piedras puestas estratégicamente a lado y lado del parque cumplían esa función. Todos los goles tenían que ser rastreros.

“Era como el mundial”, dice Yeison sonriendo a la cámara de su celular, a mí.

— Eso ahí era un estadio, jugábamos tres versus tres. Todo el que pasaba y quería jugar, se quedaba jugando, ¿sí me entiende? Había muchachos de todos los sectores de acá en Pasacaballos, de todas las calles; siempre había enfrentamientos entre los equipos más buenos porque llevaban tiempo jugando ahí.

Las personas que pasaban buscando sus casas o que salían a hacer algún mandado, se quedaban viendo los partidos y elegían por quién hinchar, por eso no se podía perder porque el público era exigente con esos niños que solo se querían divertir. Entonces Yeison complementó su anécdota con una afirmación que limitó entre el orgullo y la crítica:

— Somos un pueblo muy competitivo, o sea, acá nadie quiere perdé, acá la competencia es sumamente importante. Si tú pierdes por un gol vas a ser el motivo de burla, para todo el mundo. “Erda, perdiste por un gol” ... te recochan, ¿sí me entiende? Nadie quiere que lo recochen, entonces siempre era como un reto jugar ahí. Era como la presión.

Igual se divertían. Se burlaban del que se resbalaba en la baldosa, del que se pegaba en la base de concreto que tenía la cruz o del que se le perdía la uña porque jugaban descalzos. Si se habían lastimado el día anterior, no importaba, llegaban con sus curas bien puesta para seguir jugando hasta que comenzaran a aparecer las madres de cada uno para llevárselos para la casa a punta de palmadas a eso de las ocho de la noche.

Cuando le pregunto a Yeison por su infancia le sale una sonrisa natural e involuntaria. Al preguntarle por su presente se muestra satisfecho y optimista, pero se pone más serio y habla más pausado.

Su trabajo en la escuela no consiste en enseñar solo sobre fútbol, también se preocupa por alejar a los jóvenes de las drogas y de las problemáticas que inundan a Pasacaballos. Le gusta enseñar, y

aunque pensó que a los veinticuatro años estaría recorriendo las canchas del mundo, reconoce que lo que hace es importante para los niños y jóvenes que como él sueñan con ser futbolistas profesionales.

En las tardes de los martes, miércoles y viernes está ocupado entrenando a los jóvenes. Cuando no está en la escuela de fútbol aprovecha para rebuscarse otro trabajo para ayudar a pagar las deudas que dejó el falso agente árabe que prometió llevárselo para ponerlo a debutar. Si hay que cargar ladrillos Yeison no lo piensa dos veces y así con cualquier otro trabajo con el que consiga ayudar en el sustento de sus papás. Su madre, Eunice Santoya, es ama de casa, y su padre, Plinio Pérez, vive del rebusque.

Yeison tiene un niño de dos meses. Por eso cuando no está enseñando en la escuela ni trabajando en las calles de Pasacaballos, es porque está aprendiendo a ser padre:

— Al principio es un poquito difícil, pues la adaptación, o sea, los primeros seis o siete días; ya que es algo que a veces de pronto uno no sabe qué es ser padre, como tal no se asimila inmediatamente.

Cuando no está cuidando a su hijo, ni en la escuela, ni trabajando es porque está entrenándose. Entrena individual de martes a viernes. Martes, miércoles y viernes entrena a las seis de la mañana porque esos días trabaja en la escuela de fútbol mientras los jueves hace su entrenamiento en la tarde. Él dice que sigue esperando una oportunidad para ser profesional. En este momento no está en ningún equipo y lejos de molestarle le gusta:

— No me entreno como tal colectivamente en un equipo por lo que sabes que siempre uno tiene que dar los papeles, tiene que inscribirse en el club. Entonces ya va uno perdiendo el manejo de uno mismo y hay veces que quizás los jugadores o el equipo están más atrasados, ¿sí me entiende? Porque siempre los entrenamientos en los clubes son grupales, no son específicos con los jugadores. Ya yo sé lo que debo mejorar como la fuerza, la resistencia, los músculos, la velocidad, la técnica, la coordinación. Esos son mis trabajos.

Sobre el Puente Barú, que pasa por encima del Canal del Dique, Yeison entrena a las seis de la mañana. Realiza circuitos recorriendo los 558 metros que tiene el puente, sobre el lado derecho

donde se encuentra la zona peatonal. El puente amarillo ha sufrido daños y robos en su estructura, pero a pesar de esto es un lugar donde le gusta practicar debido a la forma curvada que tiene porque le da cierta inclinación para subir y bajar.

No siempre entrenó solo. Menos de un año después de jugar en el Parque de la Cruz se presentó a su primer equipo. Radames Ramos, jugador del Real Cartagena que falleció en 2019 por un cáncer de garganta, abrió una convocatoria en el año 2011 para formar un equipo con los niños de Pasacaballos. Yeison asistió a esa convocatoria sin decirle a nadie de su familia de qué se trataba.

No recuerda el día exacto, pero sí que salió de su casa a las cuatro de la mañana. La cancha le quedaba a unas dos cuadras y cuando llegó ya había trecientos niños haciendo fila o sentados en las gradas que quedaban al lado izquierdo del campo de juego. Todos esperaban el amanecer que daría el último anuncio antes del partido. Por eso a las cinco y treinta de la mañana, cuando el sol comenzó a iluminar los techos, las calles y por supuesto la cancha de Pasacaballos, Radamés Ramos llamó con su silbato a los niños, entre ellos a Yeison.

La cancha de arena fue escenario de los primeros dos goles de Yeison y de su primer golpe: en un tiro de esquina saltó tanto como el portero y este le rompió la nariz en el aire. Cayó al suelo levantando polvo y dejando sobre la arena un chorro de sangre. Dicen por ahí que la sangre es muy escandalosa, aplica para este caso, porque a los cinco minutos Yeison ya estaba de nuevo en la cancha. Seguro los dos goles y el ánimo para volver a jugar convencieron a Radames para incluir a ese niño en su equipo.

—Regresé a la casa y le comenté a mi mamá porque mi papá estaba trabajando, le dije que había quedado en un club, ¿sí me entiende? Y me apoyó. Me dijo: “Ah bueno mijo. Si vas a jugá puede seguir yendo”, no te preocupes.

—¿Qué vino después?

Me causaba curiosidad saber lo que había sentido cuando pasó de jugar fútbol a *entrenar* para jugar fútbol. Pero la verdad es que en ese momento me pregunté si ese había sido el punto de inflexión, donde decidió que era eso lo que quería hacer, que ese sería su proyecto de vida. Seguimos

hablando y me contó sobre su primer entrenamiento y más tarde, en esa misma conversación, me confirmó lo que había pensado: fue allí cuando decidió que quería ser futbolista profesional.

— Era difícil porque no sabía de ejercicios de coordinación, tocaba aprender todo. Era gordito y me agitaba muy rápido. El físico era mi mayor problema hasta que logré tener una buena condición física, pero entonces me cansaba muy rápido, cuando lograba mantener un buen acondicionamiento físico perdía masa muscular, o sea, era muy difícil encontrar un punto de equilibrio. Ahora es mi mayor virtud, ya no me canso, ni siquiera jugando ni nada, entonces básicamente se nota que todo es trabajo en la vida, todo es esfuerzo.

El acondicionamiento no era lo único complicado. Yeison siempre estaba en silencio, solo jugaba al fútbol y después de eso no había mucho, no hacía demasiados amigos, solo hablaba con los que ya conocía de los cotejos en el Parque de la Cruz. Conversaba solo cuando alguien le hacía una pregunta y la respondía de la forma más corta posible. Dijo que siempre le costó eso de socializar sin importar el espacio, que se comenzó a soltar después de que se graduó del colegio. Y le creo porque a pesar de que me contesta cada una de las preguntas que le hago, sus respuestas son más bien cortas y toca partirlas en pedazos para preguntarle de nuevo, y así de una sola anécdota nacen pequeños comentarios que debo ir juntando para formar una respuesta completa.

— Siempre sentí que era diferente. A mí me gustaba aprender, yo sentía que en el momento estaba jugando bien, lo que me hacía falta era eso que estaba aprendiendo.

Seis meses después de su primer entrenamiento, Radamés Ramos lo llevó a otra cancha, también de arena, para que probara lo aprendido y así irse a un equipo con más nivel. Debía comenzar a construir lo que quería. Lo comparaban con Juan Guillermo Cuadrado, jugador de la Selección Colombia, por la similitud en su cabello y en su piel, también por la capacidad para enganchar y sacarse rivales con facilidad; con ese juego dice que destacó entre los demás.

Lo pusieron a prueba detrás de un bar cartagenero llamado El York, ya sin tantos niños, sin tanto público. El presidente y el entrenador de Recreo F.C le dijeron que lo querían en su equipo. Los entrenamientos eran en Cartagena y entre la ciudad y Pasacaballos hay dieciséis o veinte

kilómetros, dependiendo de la ruta que se tome, y para esa época, unos diez mil o quince mil pesos en pasajes. Le dijeron: “No te preocupes, sabemos que viajar todos los días es difícil. Entonces te puedes quedar en casa de alguno de tus compañeros”.

El barrio donde Yeison fue a parar fue Blas de Lezo, un barrio popular de la ciudad que lleva su nombre por un almirante español que defendió a Cartagena en 1741 del ataque de los ingleses. Hundió cuatro de sus barcos para obstaculizar el paso de ellos y ganó la batalla después de que los ingleses creyeran que lo habían logrado.

*Quiero cantarle a mi barrio, ese que me vio nacer
y caminando sus calles, luego a mí me vio crecer
jugando con mis amigos, disfrutamos nuestra niñez
Blas de Lezo mi barrio querido, Blas de Lezo mi barrio querido.*

Michi Redondo se inspiró en ese barrio para escribir esta canción. Aunque Blas de Lezo no vio nacer a Yeison sí fue su hogar por un año cuando jugó en Recreo. Allí vivió en una casa grande, blanca y amplia que tenía un garaje y dos columpios afuera para usarlos cuando el sol ya no pegara sobre ellos. Pasaba columpiándose para entretenerse cuando no tenía nada más que hacer en esos días donde no podía ir a Pasacaballos.

— En Recreo fue donde exploté mi talento como tal; se podría llegar a decir. Hice varios goles de chilenas, me tiraban centros y yo soltaba en el aire, así como Cristiano Ronaldo contra la Juventus. Si el ejemplo que eligió es tan fiel a la realidad como lo pretende, Yeison se suspendió en el aire y movió su cuerpo como si nadara de espaldas o intentara subir una pared mientras el balón llegaba hacia él; y ya con él en el empeine del pie lo impulsó con tanta fuerza hasta el fondo de la red, que el arquero no tuvo más opción que verlo entrar en su portería. Si es que lo vio, porque el balón pasó tan rápido que dejó quieto al mismísimo Gianluigi Buffon. No fue solo una vez, dice él, es decir que es como si yo, frente a la pantalla, repitiera muchas veces el gol que marcó Ronaldo en esos cuartos de final de Champions League en 2018.

El alma competitiva de los jugadores en Pasacaballos da para ese tipo de anécdotas que parecen calcadas unas de otras. No cambian muchas cosas. Se mantienen las canchas polvorientas, el público que abuchea y celebra, la música e incluso el mismo gol que a pesar de su similitud con otros más, no se cansan de ver.

José Luis Ayala, un habitante de Pasacaballos que me ayudó a encontrar a Yeison entre las casas del corregimiento y los videos viejos que hay de él en Google, YouTube y Facebook me cuenta que “hace tiempo un señor llamado Alonso Garcés, muy buen amigo de mi papá y del papá de Yeison, estaba jugando e iban perdiendo 1 por 0. Al terminar el primer tiempo llegó donde Alonso y le dijo: “Tarra, quiero que hagas un gol de chilena y efectivamente a mitad del segundo tiempo, tiran un centro de derecha un poquito sobrado del punto penal y Alonso lo hizo, marcó el gol del empate”.

También los Juegos Deportivos Corregimentales son el escenario ideal para ilustrar la competitividad de las personas de este lugar: “Pasacaballos siempre queda de campeón en ese torneo”. Así lo confirman los titulares de los diarios en 2019 que titulan “Pasacaballos se coronó campeón de los juegos”. En ese evento no solo se juega fútbol sino también deportes como béisbol y sófbol; y allí parece indispensable ser bueno en lo que se hace.

— Fui a competir al Pony fútbol a Medellín. Allá los muchachos de algunos equipos tenían el ego muy alto. Fue la primera vez que perdimos un partido en talento. A veces los árbitros pitan mal, ¿sí me entiende? De pronto un compañero cometió un error que no debía, pero ese equipo fue superior a nosotros. Me di cuenta de que me hacía falta mucho todavía en el tema futbolístico para alcanzar el nivel.

De ese primer viaje recuerda las escapadas en la noche para comprar dulces junto a sus compañeros saltando en el ascensor; las veintidós horas de trayecto; la primera vez que jugó en una cancha de grama; el modo de jugar tan distinto que tenían estos niños y lo cancheros que eran diciéndoles “los vamos a golear”; la afición que apoyaba a sus hijos si cometían un error, no como “en Cartagena que con un error es seguro que le dicen a uno hasta de qué se va a morir, siendo un niño”.

Después de ese torneo y una final de Liga de Fútbol de Bolívar desembocó en el Real Cartagena (2012-2014) nuevamente en las embarcaciones de Radamés Ramos. “Decía que yo era el hijo de él”, me pone al tanto Yeison con una sonrisa melancólica que viaja en cuestión de milisegundos por la pantalla. A la Selección Bolívar llegó para jugar hasta que sacaron a Ramos del Real Cartagena y este se llevó a los jugadores para otro equipo, Alianza Santa Rosa, y los que se fueron con él fueron vetados de la selección; de cualquier modo, había que seguir a quien lo había guiado e impulsado entre el mar amplio y profundo que es el fútbol.

Además de su padrino, o su papá como a Radamés le gustaba mencionarse a sí mismo, Yeison tenía a sus padres que lo habían impulsado para que encauzara su propio río, moldeando los meandros a su antojo para que lo llevara hasta donde él desease. Plinio Pérez es gran amante de los pájaros y de su canto, y había vendido uno que otro Tumba Yegua para ayudarlo.

— Mi papá vendió varios de esos pájaros para comprarme los implementos que necesitaba, ¿sí me entiende? Guayos, medias, todas esas. De ahí salió ese dinero.

El canto del Tumba Yegua en un principio es pausado, tranquilo; después de un rato se vuelve imponente, más que todo por la velocidad que le imprime, como si lo disparara en ráfagas sonoras que entran a los oídos sin detenerse unas tras otras. Aun así, suena majestuoso. Si estuviera en un bosque cualquiera que lo escuchara se detendría en los senderos para buscarlo en los árboles hasta encontrarlo. Si el ambiente del Tumba Yegua es alterado, como al pasarlo de la naturaleza a una jaula, su canto se pasma y hay que amansarlo de nuevo hasta que vuelva a ser el de antes.

De la punta de la cola a la cabeza mide entre quince a diecisiete centímetros, sus patas son delgadas y largas, su pico es puntiagudo, tiene dos líneas oscuras en la cabeza y en las alas puede llegar a tener un color verde oliva o un tono más amarillo que se asimila al color del cabello que hoy tiene Yeison en el cabello. En la mitad del pecho tiene colores grises y más arriba, casi a la altura del pico, el color pasa a blanco.

Sin duda alguna el canto del Tumba Yegua se debe escuchar por toda la Calle del Arroyo, el sector de Pasacaballos donde vive Yeison. Por allí pasa un canal pluvial donde reposa el agua oscura que no logra impulsarse a través de la ruta de cemento y se combina con alguna que otra basura que

Llega allí desde un sitio cualquiera. Diagonal a su casa hay un puente pequeño por donde pasan aquellos que deben llegar al otro lado.

A los costados del canal hay andenes de tierra seca adornados con escombros y al costado casas de uno o dos pisos, unas coloridas y otras más grises o marrones. Por encima de esto, donde deben volar los Tumba Yegua cuando no están en sus jaulas, los árboles verdes tienen enredados en sus cabellos cables de electricidad destemplados por los que no podría caminar ningún equilibrista.

La *casa de Yeison*, que solo puedo apreciar en imágenes y fragmentos de vídeos, tiene una reja negra que encierra la terraza y la aleja del exterior sin quitarle la posibilidad de mirar hacia afuera. En la terraza el espacio está dispuesto para poder poner unas sillas sobre la baldosa blanca y sentarse para apreciar a quien pasa por los andenes o para tomar la brisa cuando las casas arden por dentro y el sol parece empecinado en derretir los techos; que en Cartagena es casi que todos los días.

Unas vigas blancas que parecen de mármol sostienen parte de la casa y tienen sus cimientos en la terraza. La fachada la completan una pared cubierta con baldosas blancas que tienen pequeños cuadros de colores y una ventana de vidrios polarizados que le quita cualquier posibilidad de mirar adentro a los transeúntes, pero sí le permite mirar afuera a quien está adentro. En su interior la casa tiene baldosas oscuras en el piso y baldosas blancas hasta la mitad de la pared. El resto de esta lleva un color verde que le da un tono pintoresco y vivo al resto del hogar.

Su casa que es suya pero no por completo. “*Su casa*” en sus palabras, “inmueble” en los papeles del banco, a nombre de personas que nunca la han pisado. Tan propia como tan ajena. A voluntad. Como amparo para tener el dinero con el que llegaría a ser jugador profesional. Después de la hipoteca a la que accedieron tranquilamente porque la plata volvería tan rápido como había sido contada en las máquinas del banco.

— Hemos sido personas que de pronto contamos con la gente, pero sabemos que hay quienes quizás quieren verte bien, pero no mejor que ellos. Entonces nosotros dijimos: “Bueno, vamos a ir un banco. Un banco nos realiza la hipoteca y todo bien”, ¿sí me entiende? Porque pensamos que ese

dinero iba a volver, porque me ofrecían sueldos altos, casi de veintidós mil euros. Uno piensa: “Con ese dinero, mi primer sueldo, se paga la hipoteca y seguimos avanzando”. Para mediados de 2023 esos veintidós mil euros equivalen alrededor de unos noventa y cinco millones de pesos, suficiente para comprar una casa en Pasacaballos solo con un mes de sueldo, según las ofertas que se encuentran en internet.

Pero Yeison y sus padres aún hoy tienen esa deuda y su casa es tan suya como ajena. Aún le deben dinero al banco y aunque le insisto para que me diga cuánto dinero es, no me lo dice. Desisto de la pregunta porque hace tan solo un rato me había enfrentado cara a cara, a pesar de la distancia, para decirme que no era la primera vez que un periodista lo contactaba para preguntarle ese tipo de cosas. Incluso me contó que en años anteriores algunos medios lo contactaron para hacerle notas que al final lo hicieron motivo de burla en todo Cartagena “porque se dejó robar”.

Al medio *El Universal* le dijo que fueron alrededor de cuatro millones de pesos, más los intereses de un 10 % que irían creciendo cada mes, que prestaron en 2019 para poder pagar las exigencias que un agente deportivo le ponía para llevarlo a jugar a Dubái en el Al-Wasl Football, club que fue elegido como el mejor del siglo XX en su país por la Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol (IFFHS). Según cuenta al final fueron alrededor de quince millones por otras exigencias como un seguro médico.

Más tarde en nuestra conversación volveríamos a esta parte de la historia, pero primero me contaría como su vida fue transformándose hasta llegar a ese punto donde estaba tan cerca que podía saborearlo como se saborea el pescado frito y la yuca a la hora del almuerzo cuando uno tiene hambre.

— En el 2015 ocupé el primer puesto en las pruebas ICFES. Me gradué de dieciséis porque me iba tan bien que me adelantaron un año, ¿sí me entiende? Siempre daban una beca por eso. Entonces en ese mismo año tuve dos oportunidades porque estuve en Ibagué probándome en el Deportes Tolima a finales de ese año. Tenía que regresar en enero de 2016. Me tocó tomar una dura decisión que fue elegir entre el fútbol o el estudio.

Tú sabes que siempre los padres quieren lo mejor para uno, por eso decidí estudiar, influenciado por ellos que me decían que iba a estar más cerca, todas esas cosas, entonces yo dije: “Bueno, vamos por el estudio” porque ambas cosas me gustaban y era muy bueno para ellas. Sucedió un problema, cuando me iban a dar la beca me llamaron después para decirme que ya no podían porque según ellos yo era de muchos recursos...

... Perdí la oportunidad en el fútbol. Desde ahí dije que no iba a elegir otra cosa diferente al fútbol que era lo que realmente me apasionaba...

Incluso alcanzó a ir a la entrevista obligatoria que les hacen a los candidatos para estudiar en la Fundación Universitaria Tecnológico Comfenalco, para matricularse en la tecnología de Operación de Plantas y Procesos Industriales, porque en Pasacaballos el sector industrial es fundamental y hay que buscar oportunidades por ese lado. No fue hasta un día antes para ingresar que le hicieron saber que ya no podría estudiar becado.

— Fue frustrante como tal porque pensé que por elegir el estudio desperdié una oportunidad en el fútbol que era lo que realmente me gustaba. Básicamente en ese momento entré, se podría decir, en crisis, en una depresión que sentía como que ya había perdido todas mis oportunidades. Son cosas difíciles que uno pasa.

Tras haberse presentado en el Deportes Tolima y renunciar a la idea de estar en las divisiones menores del club, debió seguir buscando nuevas oportunidades. Un par de escuelas de fútbol, una detrás de otra, en Cali y en otras ciudades, Yeison continuó creciendo como jugador hasta que en 2019 tuvo la oportunidad de salir del país. Se fue a Estados Unidos y ahí jugó muy poco tiempo porque viajó a España.

El *Barcelona Football Tryout* fue un evento organizado para que jóvenes futbolistas de todo el mundo mostraran su talento y pudieran acceder a diversas oportunidades para llegar al fútbol profesional español. Durante cinco días de diciembre los jugadores de diez diferentes nacionalidades se concentraban en el hotel La Perla Olot, en la provincia de Girona, y sus

entrenamientos los realizaban en las instalaciones del club de la ciudad Unión Esportiva Olot de la segunda división.

Durante los días de las pruebas eran vistos por agentes deportivos y entrenadores. Podían aspirar a premios como pasar unas semanas de prueba en equipos de segunda división, entre otros. Cuando busco los datos sobre el evento el navegador lanza en cuestión de milisegundos una imagen de Yeison junto a otros diecisiete jóvenes como él: viste chaqueta azul y pantalón negro al igual que el resto, pero lleva puesta una sonrisa a la que solo uno más de ellos le hace competencia.

— Estuve aproximadamente dos meses y me devolvieron porque comenzó la pandemia. Me había ido bien allá. Se han presentado como obstáculos que a uno se le salen de las manos ya, porque en el Barcelona me fue bien, incluso iba a tener una oportunidad de un contrato, pero se metió la pandemia y el club le dijo a mi representante que no iba a estar haciendo nada ese año, que cuando terminara todo podría regresar... Y sabes que la pandemia duró más de un año.

*Tierra linda de mi corazón de tu cultura estoy enamorado',
los niños jugando descalzo' y los pescadores trayendo el pescao',
me encanta caminar tu' calles aunque el sol esté bien templao',
donde quiera que voy con orgullo te he representao'.*

De vuelta a su *Tierra Linda* las aspiraciones de Yeison no cambiaron demasiado, porque la pandemia parecía pasajera e igualmente en España quedaron con muy buenas impresiones de él; las probabilidades de regresar eran grandes y el camino esta vez era único. Aunque de igual modo lo afectó el regreso a Colombia y se encontró triste de nuevo. Por suerte las restricciones por COVID en Cartagena no eran tan fuertes, lo que lo ayudó a superar esa época.

Fue en los primeros meses de 2020 que lo contactó por Facebook Hammad Bin Esmaeel para ofrecerle un contrato que incluía una carta de invitación al país para el mes de abril. Excluía a Yeison de cualquier preocupación porque en ella estaba cubierta la comida, la estadía y todo lo necesario para su comodidad. Las únicas condiciones eran que tenía que cubrir el precio de la visa y de un seguro.

— Él me hizo consignar el dinero a dos personas que estaban en países diferentes, me dijo que eran socios de él y que se estaba manejando de esa forma por su agencia, no me pareció raro porque normalmente así se trabaja. Después de que hablé con un muchacho de un periódico él me dijo que el dueño de la empresa solicita la visa y da todo a su empleado. Fue donde nos dimos cuenta de que era una estafa; empecé a hablar con esa persona y me bloqueó de todas las redes.

Con el dinero en sus cuentas el falso agente deportivo se perdió en la inmensidad de la red y dejó a Yeison con sus aspiraciones entre las manos. Así como internet había servido para que yo encontrara a Yeison, también lo hizo para que el “agente” lo encontrara a él. Yeison piensa que eso no ocurrió de la nada y que lo más seguro es que esa persona, que nunca vio en realidad, lo siguió cuando estuvo en España y que ese fue el inicio para llegar a él.

Epílogo

La videollamada se cayó en medio de la conversación. Le escribí a Yeison para saber qué había pasado; tal vez no quería hablar o tenía un compromiso. Iban más de cuarenta minutos y era nuestra segunda entrevista. De pronto estaba cansado. Me dijo que se le había descargado el celular y que mejor buscáramos otro día para terminar. Le dije que sí, que no había problema.

Eso fue en noviembre de 2022 y para mayo de 2023 aún no lograba hablar nuevamente con él. Me decía que sí y desaparecía. El 16 de mayo me canceló la entrevista justo a la hora que quedamos en reunirnos virtualmente. Recordé las palabras que anoté hace meses en el diario de campo donde reposaban ideas de este trabajo y entendí que no tenía que buscarlo más. Lo escrito era lo siguiente:
22 de noviembre de 2022

Yeison Pérez Santoya me contestó. Esquivo, cauto, casi grosero porque él “sabía para qué lo buscaba”. Eso me alegró y me angustió al mismo tiempo, no tenía oportunidad de hablar, de explicar.

Ellos (refiriéndome a él y a otros jóvenes) solo quieren guardar silencio. Ellos están ahí queriendo seguir con sus vidas sin que alguien les recuerde que una persona les quitó el sueño y los dejó absolutamente despiertos, conscientes, para que rememoren su tragedia; esa de los sueños no cumplidos, pero también la de haber creído para más adelante ser defraudados.

Pensé que esas precauciones eran como si me tiraran la puerta en la cara, pero no... no es así. Más bien es como si la dejaran abierta y miraran desde adentro.

A través de internet había logrado contactarlo y aunque ya no quería atenderme más, tenía la posibilidad de seguirlo de cerca en las redes sociales. El 10 de marzo publicó una foto donde estaba sentado junto a Kevin de Jesús Sepúlveda, un joven de unos veinte años que él ayudó a llegar al Club Atlético Villa Rosa de Dorrego en Argentina. “Gracias a mi empresario Yeison”, declaraba en un video.

Era entrenador, agente deportivo y también vendía perfumes. De vez en cuando publicaba montones de historias donde promocionaba lociones Hugo Boss, Lacoste, Chanel, entre otras. Se rebuscaba como me lo hizo saber en una de nuestras entrevistas y publicaba frases de motivación; “cuando pasaba un momento difícil, escribía una frase que me ayudaba a enfrentar esa situación.

Ahora las leo y no les encuentro mucho sentido, pero en su momento cumplieron con su objetivo”. Esas frases nunca las pude leer y las que publica no sé si son de su autoría o le pertenecen a alguien más. “Si pudieras borrar todos los errores de tu pasado, también borrarías toda la sabiduría de tu presente. Recuerda la lección, no la decepción”, firmó Yeison en su historia.